

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

710

PUBLICACION EDITADA POR LA DIRECCION GENERAL DE PRENSA



SUMARIO

Dos monólogos sobre la Prensa y la cultura, por Gregorio Marañón.

PRENSA ESPAÑOLA

La caricatura contemporánea.—
Los escritores ante el periodismo:
Contesta Luis Fernández Ardavín.

PRENSA EXTRANJERA

«A. O. E.», revista ilustrada del Afri-
ca Occidental Española.—Periodis-
mo en Norteamérica.—La «Gaceta»
de Sao Paulo.

HISTORIA

La «Révue Hispanique».—La «Ga-
ceta Popular», en 1893, periódico
independiente modelo.—«La Pren-
sa», de Buenos Aires, en su
LXXVI aniversario.

T E C N I C A

Las cuatro mejores páginas de la
Prensa española.—Introducción al
periodismo moderno (continua-
ción).—La primera Escuela de Pe-
riodismo en España la creó «El De-
bate».—La mayor imprenta de Sur-
américa está en Río de Janeiro.

LABOR DE LA DIRECCION GENERAL DE PRENSA

Una nueva etapa del Registro Ofi-
cial de Periodistas.

NOTICARIO

Movimiento de personal.

Lea usted quincenalmente

La Estafeta Literaria

Revista de las artes y las letras españolas, editada en offset a color

32 páginas de máxima y trascendente actualidad estética

Precio: 2 pesetas ejemplar

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LA POLITICA Y EL ESPIRITU

Alberga en sus páginas todos los problemas que interesan a España y a los españoles. - Temas históricos, políticos, de investigación y polémica. - La máxima actualidad internacional destacada en sus 16 páginas a gran formato

Precio: 1,50 pesetas ejemplar

Mensualmente publica

FENIX

TREINTA DIAS QUE VUELVEN A VIVIR

La antología de los mejores trabajos periodísticos españoles, actuales y retrospectivos

128 páginas en octavo

1,50 ptas. ejemplar

FANTASIA

QUINCENARIO DE LA INVENCION ESPAÑOLA

Publica en sus 64 páginas en offset negra todas las facetas de la creación literaria española. - Cuento, narración, novela, teatro, poesía y cine. - En FANTASIA colaboran todos los escritores españoles.

Precio del ejemplar: 3 ptas.

Dirección de estas publicaciones:

Monte Esquinza, 2 - MADRID - Teléfono 48740

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Año IV

Madrid 1.º de diciembre de 1945

Núm. 45

Dos monólogos sobre la Prensa y la cultura

Por GREGORIO MARAÑÓN

Dado su interés periodístico y la belleza de forma y fondo que le adorna, reproducimos, gustosos, el presente trabajo, publicado en el libro que, para conmemorar el XXV Aniversario de la fundación de la Hemeroteca Municipal, ha editado el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.

EN la pequeña sala donde se guardan los periódicos hablaban los dos hombres. Eran de la misma edad, exactamente, de la misma edad, y parecidos como dos gotas de agua. Sólo se diferenciaban, y a veces se contradiaban, en el pensamiento. Sobre una mesa yacían los últimos números —todavía fragantes y ya marchitos— de los diarios de la ciudad. En las estanterías se alineaban los tomos de las colecciones diversas, viejas ya las de ayer.

Discutían los dos hombres sobre el significado del periódico en la cultura. Uno de ellos dijo de esta manera:

«Para mí, la cultura actual apenas debe nada a la Prensa. No tengo que advertir que yo no soy uno de los cerriles enemigos que la Prensa tiene en todas partes. Pertenezco a una familia de periodistas, y sé lo que hay en ellos de abnegado, de inteligente, de generoso y de eficaz, bajo esa apariencia trazada de anécdotas pintorescas, pero intrascendentes, que se les ha adjudicado de gentes ligeras, inútiles para cosa más sustancial, con ribetes de picaresca. Yo mismo he sido, en los años de hipomanía juvenil, del oficio. He sentido ese orgasmo, que nos prende como un vicio, de encontrar, por la mañana, impresas, las cosas que unas horas antes, en la noche, escribió la pluma apasionada. Y aun ahora, simple espectador de la tragicomedia, en la que más o menos fui actor, gusto, de vez en cuando, de proseguir con lejanos lectores ese diálogo singular del que sólo oímos la propia voz y adivinamos la de ellos.

Pero no me ciega la pasión, y creo que no se pueden negar los hechos siguientes: primero, que la Prensa diaria produce en el mundo de los lectores una tendencia excesiva a la acción, con detrimento de la meditación, lo cual es gravísimo. Fíjate que, en el fondo, el proceso de la cultura descansa en un equilibrio entre meditación, es decir, razón y acción. Los hombres en verdad cultos, como los pueblos cultos, son aquellos cuya acción emana serenamente de un razonamiento. Si la acción surge de un instinto —la meditación suprimida—, el hombre es un bruto; si la acción surge de una pasión —que es la prolongación humana del instinto, todavía teñida de animalidad—, el hombre es un bárbaro. Ahora bien: la meditación es una incubación, y requiere necesariamente tiempo, y no sólo tiempo en cantidad, sino libertad de tiempo, esto es, el tiempo que se necesite, poco o mucho, sin un ritmo necesariamente impuesto desde fuera. Lo contrario de esto es el martilleo metódico, regular, que ejerce el periódico sobre los espíritus. La meditación es esencialmente aperiódica. La razón de un hombre actual está sometida al ritmo inexorable de la noticia a las ocho de la mañana y a las ocho de la noche. Hay grandes ciudades donde surgen los periódicos, atrozmente, cada seis horas. Este ritmo crea en el espíritu una poderosa, aunque ignorada sugestión para actuar de golpe, para la acción sin meditación, de un modo hipnótico, cual el que, en el salvaje de la tribu, produce el golpeteo uniforme del tamboril.

Cuando el hombre actual escapa de la prisión de la vida cotidiana y se hace libre, es decir, cuando se encuentra a sí mismo, no encadenado a un ritmo, sino flotando en el Universo, como ocurre en los grandes viajes, en las largas enfermedades, en la prisión o en el destierro, entonces se da cuenta de que el saber no es oír o leer cosas nuevas, sino trabajar profundamente unas pocas cosas fundamentales, amasándolas, como la harina del pan, con el específico fermento de la meditación. Y esta noble actividad exige, para problemas mínimos, semanas enteras.

De aquí el hecho indiscutible de que todas las grandes ideas, las que aun mueven el mundo, hayan nacido en los siglos que precedieron a la aparición de la Prensa. Ni a Platón, ni a Séneca, ni a San Agustín podemos imaginarnos pendientes, dos veces cada día, de estas mínimas e inútiles vibraciones de la actualidad que el periódico nos transmite. La gran creación de la mente exige el olvido de todo lo que en la vida no tiene categoría eterna. Y cosas de esta categoría no suceden más que unas cuantas veces cada siglo.

Abre un tomo cualquiera de esas colecciones. A veces puede leerse un año entero henchido de sucesos sin que se rastree una vez siquiera la huella de lo eterno. Todo esto, todo ese año tan penosamente vivido por muchos hombres —algunos pensaban que el año nuevo no llegaría jamás—, es hoy nada, nada. Los hechos que al ocurrir justificaban los grandes títulos de la primera plana, apenas flotan en el gran naufragio del pasar. Quizá un menudo suceso escondido en un rincón nos parece hoy más digno de sobrevivir, porque, en su pequeñez histórica,

está transido de humanidad directa. Más aún: leyendo esta crónica pretérita y rítmica se presiente que lo más importante para el porvenir no era nada de lo que se suponía, sino otras cosas íntimas que escaparon al patrón del interés de cada día.

La vida, hoy, es acción pura, sin el noble contrapeso de la razón. Acaso en esto reside la turbulencia trágica en que nos agitamos, odiándonos y matándonos los unos a los otros sin saber por qué. Y a esta acción sin freno y sin tope nos empuja el exceso de información, y la información fle los hechos secundarios, a los que da la actualidad falsa categoría; y, sobre todo, la esclavitud del pensamiento al ritmo de la noticia periódica, que es incompatible con el libre juego de la mediación.

Pero no es este —prosiguió el impugnador— el único inconveniente de la Prensa. Otra es la dificultad que la hoja diaria crea para rehacer la Historia en el futuro. La Historia nunca ha sido más difícil de escribir y nunca ha sido más falsa que a partir de los tiempos en que hay periódicos. Los dos hemos oído decir a un gran historiador extranjero, autor de reconstrucciones admirables de los tiempos pretéritos, «que había intentado escribir la historia de la génesis de la guerra de 1914, y que había tenido que desistir, desorientado por las colecciones de los periódicos. No es —nos decía— que los datos fueran demasiado numerosos: lo que no se podía dominar era su incoherencia.

Los periódicos están inspirados por un monstruo anormal que se llama de actualidad, el cual, entre otras cosas, padece de un defecto de la vista que no sé cómo llamarán los oftalmólogos: consiste en la incapacidad de apreciar el verdadero color y las dimensiones exactas de las cosas. Lo que la actualidad juzga negro, resulta, a veces, en la lejanía, blanco como la nieve; lo que se creía grande, puede ser un grano de arena, y así con lo demás.

En la Antigüedad, las noticias eran escasas; pero no llegaban hasta el documento o hasta la leyenda —que está hecha de verdades auténticas, aunque fermentadas— sino después de una larga destilación, en la que lo accesorio se iba evaporando. Es probable que el historiador futuro tenga que prescindir decididamente de los periódicos cuando quiera contar con precisión lo que ha pasado en el mundo. Sin darnos cuenta, lo hacemos ya así. No hace mucho que nos hemos reunido, tú lo sabes, varios amigos a escuchar a un viajero que venía de París. Todos queríamos saber lo que había pasado allí en estos últimos meses. Al salir de la apasionante entrevista nos decíamos que lo que nos había contado aquel testigo lo habían dicho, en su casi totalidad, los periódicos, y sin embargo, ahora tenemos una sensación de saber la verdad que nos faltaba antes. No era la sensación de historia viva, que la puede dar quizá más un telegrama que leemos, cuando aun no ha enfundado su pluma el que lo ha redactado, o la noticia que oímos, por la radio, de la propia voz del que la cuenta, sino la sensación de verdad depurada —aun cuando posiblemente deformada por la pasión, que es tam-

bién historiada—; de verdad que en las zarzas del camino ha ido dejando las lanas de la actualidad artificiosa y secundaria, como la de los correos que traían a la Corte, en los siglos sin Prensa, el relato vivido y ya meditado de lo que habían visto.

Creyó el segundo interlocutor que el primero había concluido su perorata, e iba a responderle; pero aquél continuó:

—Falta algo por decir, y quizá lo más importante. La Prensa diaria ha destruido en su germen, seguramente, los mejores libros de los tiempos modernos al dispersar el genio de los autores en el fuego de artificio del artículo, dolorosamente repetido, pagado pronto, y mal pagado a la larga, movido por la necesidad y no por la inspiración. No se ha pensado lo bastante en la influencia nefasta del artículo, que salva al escritor del apuro momentáneo con la peor de las usuras, esclavizándole a vivir sujeto a él y robándole el espacio y el seso para componer el gran libro, el gran libro que exige el tiempo entero, sin limitaciones y sin apremios.

Yo no creo, por todos estos motivos, en la eficacia cultural de la Prensa. Si en su poder movilizador de la acción. Suprimamos con la imaginación el siglo, poco más o menos, que llevan de existencia los periódicos. Es evidente que la vida política de la Humanidad, sin ellos, hubiera seguido otro rumbo, no sabemos si peor; yo creo que mejor.»

El otro amigo tomó entonces la palabra y dijo así:

—Tu lamentación se basa en una idea muy difundida entre los hombres de todos los tiempos: la de que la Humanidad camina desde el caos y la ignorancia hacia el orden y la claridad. La Historia está llena de trenos, lamentosos o proféticos, como los tuyos. Muchos son admirables. Estos días, por ejemplo, he vuelto a leer el «Diálogo», de Vives, que tan grato nos es a los dos, sobre la «Insolidaridad de Europa». El comentario que sugiere, como todas las grandes profecías, es que parece escrito para hoy. Si tus lamentos de hoy caen en manos de los lectores de cuatro siglos más tarde, es seguro que dirán también que parecen escritos para ellos.

Pero la verdad es que el mundo es siempre el mismo, fundamentalmente imperfecto, dañado, desde su origen, de un pecado de insensatez, del que sólo remedios divinos le pueden curar. Nada da idea de la grandeza de Dios como el misterio impenetrable de que el hombre, ente de razón, tenga por naturaleza ante sus ojos la solución normal de las cosas, y sin embargo, sea incapaz, llegado el momento, de acogerse a esa solución normal, descarriando invariablemente por el camino del error, a sabiendas de que lo es. La contumacia con que esto sucede, el que una y otra vez, en la ya vieja historia de la Humanidad, los hombres más dotados de razón y de buena voluntad, puestos a regir el mundo, suman a éste en horas de dolor por errores que cualquier menestral de buen sentido o cualquier desocupado de café podría evitar, indica que es Dios el que, en sus altos e impenetrables designios, les pone la venda en los ojos. Hemos de vivir, y sin aceptar esto no comprenderemos nada, en un dolor fundamental. Y los lentos progresos que la

grey humana va alcanzando se compran con la única moneda del sufrimiento y de los que por aquí abajo nos parece injusticia.

Hay que aceptar la vida como es y no buscar explicaciones simplistas a las cosas profundas y complejas. En la vida moderna de los pueblos, la aparición del periódico marca una etapa nueva, de tal modo caracterizada por el hecho mismo de la Prensa, que resulta pueril querer escapar a su influjo y especular con la hipótesis de lo que sería el mundo sin ella. No te asustes de lo que voy a decir: el advenimiento de la Prensa a la vida pública tiene la misma realidad y la misma eficacia transformadora, al comienzo del siglo XIX, que el descubrimiento de América cuando finalizaba la Edad Media. Ciertamente que hay gentes que dicen todavía que el viaje de Colón fué el comienzo de la confusión del mundo; como otros achacan al periódico, no los males que señalas en tu discurso, sino la razón de todos nuestros males. Los dos hemos oído, no hace mucho, viajando por esas tierras de Dios, a uno de los más respetables Prelados de Europa, que la paz de su diócesis dependía, en buena parte, de que la mayoría de los que la componen sólo leían la «Hoja Parroquial». Todo es defendible. Pero es pueril oponerse al hecho de que la Prensa innúmera, caudalosa, cada vez más potente, está ahí; y es tan poco lógico que desaparezca algún día, como el que se trague el mar a un Continente. Hemos de aceptar, pues, el hecho magno, y sin duda lleno de sentido, de la existencia del periódico; aunque ese sentido se nos escape y aunque nos parezca mal.

Es posible que la lectura cotidiana de la Prensa haya disminuido nuestra capacidad meditativa y nos empuje, a veces irreflexivamente, a la acción. Pero habría que argüir a esto que ya antes de que hubiera periódicos las gentes eran poco reflexivas. La masa humana se mueve siempre por el instinto y, en el caso mejor, por la pasión; tú lo decías: nunca, en ningún tiempo, por la reflexión. En el «Diálogo», de Vives, leemos que en la guerra civil de las Comunidades —que él presenciaba— el pueblo, que luchaba con tanto encono, no sabía por qué luchaba. Lo terrible es que los hombres, en cuanto somos masa, no sabemos nunca por qué hacemos las cosas. Si nos flamean desde un periódico o desde un banco de la calle una bandera, corremos detrás de ella, sin reflexionar si es buena o mala. No se trata ya de que haya tiempo o no para meditar; es que el hombre, en cuanto masa, es incapaz de meditar. El hombre liberado de la masa, ese sí, procederá siempre por reflexión, con Prensa o sin ella. Además, ¿quién nos asegura de que en la etapa actual del mundo no sea necesario un predominio de la acción sobre la razón? Volvamos al tema eterno: nada se compra sin dolor; y dolor, dolor merecido es también, a veces, la renuncia a las cosas nobles; renuncia temporal para que otros, más adelante, las recuperen y las gocen mejor.

Sí, también es posible que el exceso de documentación, y sobre todo la falta de sentido histórico de la documentación periodística, atosigue y asfixie al historiador de hoy y al de mañana. Pero esto sólo quiere decir que el ser historiador en la vida del mundo, que se inició con

la época periodística, es y será mucho más difícil que el reconstruir un siglo antiguo con un criterio de pintor de cuadro de historia, a medias entre la Arqueología y la fantasía, cual se hacía hasta ahora. Un solo hombre podía escribir la historia de diez siglos —jinmenos y pleróticos siglos!— de la Roma lejana. Dentro de cien años se necesitará un equipo de historiadores superdotados para rehacer los veinte años de la Roma que nosotros hemos visto levantarse y caer. Ya no será esta historia un desfile, un tanto teatral, de protagonistas que recitan unas frases y hacen unos gestos ante un coro que se limita a subrayarlos, sino el estudio minucioso de la vida integral de aquel período, en el que el protagonista es el ambiente, la masa, el clima vital, la psicología de la multitud y de los hombres representativos, los detalles menudos de la existencia genuina del pueblo y sus raíces con el pasado y con el contorno de los otros pueblos. Todo esto no lo puede dar el documento, que hoy permite hacer un libro y adquirir patente de historiador a un rebuscador afortunado de papeles, aunque no sepa nada de lo que realmente es el alma de la Historia, que es el alma del hombre, de la que en el documento apenas queda huella alguna.

Ahora bien; gran parte de ese inmenso material anónimo, de ese cemento casi informe que sirve de cuerpo a la verdadera Historia, y que no está en el documento al estilo de las Academias clásicas, queda recogido en las colecciones del periódico diario. Basta abrir un tomo viejo de cualquiera de estas colecciones para sentir inmediatamente ese olor de humanidad que jamás nos da el libro de la Historia. Tú mismo, hace poco, lo reconocías. En aquella gran biblioteca, donde hemos pasado tantas horas, de tantos años, nos ha ocurrido, recuérdalo, el que, a veces, cansados de leer las magníficas y solemnes historias clásicas, nos íbamos a la sala de periódicos y abríamos un volumen cualquiera, al azar. Instintivamente huíamos de la primera plana, donde está el material de la gran historia artificiosa, e íbamos a sumergirnos en las columnas secundarias, en las que queda vivo a través del tiempo el pequeño suceso de barrio, de vecindad, el eco vago de un hogar, o bien buscamos gustosamente la sección de los anuncios, donde laten venas sutiles de humanidad, invisible en las veinticuatro horas que dura la primera vida del periódico, pero que subsisten, latiendo con realidad patética, cien años después. Con el material de esta lectura es evidente que no podría aprobarse una asignatura ni ganarse una oposición, ni hacer el discurso de unos juegos florales. Pero nos daba la impresión directa de la época, con aguda, con insustituible seguridad. No lo dudes: la Historia verdadera, la que hasta ahora no se ha podido apenas hacer, se hará mañana, gracias a los periódicos.

Queda tu último argumento: el de la limitación, que tal vez suponga para las grandes creaciones literarias el jornalismo obligado del artículo que capta a la casi totalidad de los escritores modernos. Habría sobre ello mucho que pensar y mucho que hablar.

Puede haber, teóricamente, espíritus necesitados de paz para gestar y producir a los que la necesidad de ganarse la vida escribiendo

haya impedido dar a luz ese libro magno que todos los que manejamos la pluma llevamos siempre en el desván de las ilusiones. ¡Ojo, ojo con esta interpretación! Casi siempre es un pretexto del propio interesado para justificarse a sí mismo de su incapacidad o de su vagancia.

Cuando ese libro magno no es una fantasía, acaba por surgir, a pesar de todos los obstáculos. Los autores de las obras maestras de la Humanidad, casi nunca han trabajado en la bienandanza. Acaso ha sido preciso la ausencia de ésta para que la obra maestra surja. La obligación de escribir dos artículos semanales, al fin es una operación que afina el pensamiento y la pluma para el momento decisivo de la gran creación, como los golpes que los boxeadores dan a un balón colgado de una cuerda, ensayándose para el gran torneo con los otros atletas. No creo que a ningún autor le perjudique el escribir artículos. Conozco a muchos, dominados por el vicio de la divagación y de la tertulia, que si no fuera por esta obligación no hubieran escrito nada. Cuando, para ganarse la vida, los escritores no escribían artículos por que no había periódicos, tenían que hacer otras cosas harto menos nobles, como cobrar alcabalas o servir de pajes a los grandes cortesanos. El tenerse que ganar la vida es condición esencial para conocerla, y sin conocer la vida se puede escribir, como se pueden hacer pajaritas de papel; pero sin aspirar a una obra duradera. Y ¿qué mejor medio para ganarse la vida el escritor, que escribiendo artículos, que si son buenos, son ya hojas de un libro, y si de categoría fugaz, le han servido, en el caso peor, para adiestrar el esfuerzo, para vencer la inercia; quizá para sufrir, que es el motor supremo de la creación?

La Prensa es todavía joven, imperfecta; seguramente, un esbozo tan sólo de lo que será mañana. Pero, no lo dudes, es ya el factor más fuerte de la cultura; la mejor esperanza del mundo comprensivo — nada más que comprensivo — que soñamos para cuando sea.

Callaron, al llegar aquí, los dos hombres, parecidos como si fueran uno solo, diversos, también, como si fueran uno solo; porque el alma, reflejo divino de la inmensidad del Universo, es, como éste, varia, y para nuestra pobre razón, contradictoria.

La verdad es que los dos parecían tener razón. Acaso los dos, en efecto, la tenían.



LA CARICATURA CONTEMPORANEA

Por LUIS LOPEZ-MOTOS

EN nuestro estudio de la caricatura, que hoy queremos finalizar, ha quedado bien patente, si no otra cosa, la múltiple manifestación de sus resortes expresivos y su rica variedad de matices, curiosos unos, interesantes y sugeridores otros, y dignos de atento examen todos ellos.

La sorpresa, el motivo inesperado y desconcertante; surge a cada paso en la observadora actitud del crítico frente a la obra humorística, reacia a la valoración y medición por medio de la lógica al uso. Se hace, pues, precisa para enjuiciar la labor caricatural una medida especial que escapa con frecuencia a todo cálculo previsible de la razón. Sin embargo, sus efectos, de gran fuerza expresiva, nos permiten, ayudados de la práctica ejecutiva, deducir conclusiones determinantes de la íntima estructura del humor que facilitan abordar la creación del dibujo **satírico** con anticipado conocimiento de los resultados de la obra. Como orientador, en fin, hemos de estimar el desmenuzador trabajo crítico que hemos realizado, ya que muy arriesgado sería pretender sentar normas rigurosas para una imposible preceptiva del humorismo que ejecuta siempre sus regocijantes cabriolas en colaboración estrecha del incoercible Absurdo.

Con «la lógica puesta en el absurdo», pues, que así se definió por algunos el Humor, intentamos examinar explicando algunos nuevos aspectos que ofrece la caricatura contemporánea, que aun de modo harto breve no queremos dejar de comentar.

SENTIDO ANIMALISTA DE LA CARICATURA

Es indudable que la ridiculización del rostro humano que persigue toda caricatura se efectúa tendiendo a fijar una relación de semejanza más o menos advertible a primera vista con los seres inferiores. La gracia que un caricaturista nos descubre en un personaje con cara de tonto la consigue disminuyendo simplemente el ángulo social del modelo, esto es, acercándolo a la configuración craneana animal. En la rudimentaria caricatura de la vieja fábrica era frecuente ver representado al hombre con la exacta fisonomía de un cuervo, de un cerdo, de un asno... etc., lo que constituía por sí solo causa de intensa hilaridad. Más tarde, cuando la síntesis ofreció más hondos y sugeridores modos expresivos, el parecido del hombre a los animales se hace más burdo y psicológico, aunque menos realista morfológicamente. La representación satírica de un individuo materialista o epicúreo deja de ser ya un cerdo, exactamente, para convertirse en un inefable grafismo que nos recuerda por igual a nuestro personaje y a tal ser de la raza porcina. En este difícil equilibrio lineal entre lo humano y lo animal juega audazmente la **ávil** caricatura moderna.

En este punto equidistante del «homo sapiens» y la «bestia se halla lo que pudiéramos decir el contraste del humor. esto es, una chocante o burlesca comparación que incita a la risa. Nos causa esta risa la comprobación de que con la

comparación animal hemos perjudicado al hombre. No es, pues, la «forma animal», como alguien pudiera suponer, fuente originaria de humor que radica, por el contrario, en la humana criatura. Sólo cuando el animal remeda al hombre en sus movimientos o expresiones logra hacernos gracia. Así ocurre con los simios, animal reputado como el más gracioso de la escala zoológica. Contrariamente, el reptil, bestia la más lejana del tipo a o difícilmente puede suscitar nuestro regocijo.

Es precisamente cuando el caricaturista humaniza a los animales mostrándolos en posición bípeda o dotándoles de la palabra y la razón y otros atributos de seres superiores, cuando cobran donosura a nuestra contemplación.

La caricatura es animalista, mas sólo en lo puramente humano se vincula la gracia. La aparente contradicción —de antinomias y paradojas se nutre la filosofía del humor— resume el sentido más o menos oculto o expreso de toda creación caricatural.

No podemos olvidar que la risa es una actividad exclusiva del espíritu humano, y lo humano ha de ser también protagonista, objeto risible. Como «animal hombre» definió, Dante Alighieri al hombre.

Este concepto expresó también Iriarte.

*Los que al hombre definan
ente que sabe reír,
mejor pudieran decir
digno de que de él se rían.*

También se ha dicho que «el hombre es lo que más interesa al hombre». Para provocar nuestro llanto o nuestra risa, nada puede conseguirlo como nuestros semejantes. Apotegmáticamente formuló nuestros argumentos M. Bergson: «Nada hay cómico fuera de lo que es propiamente humano. Para que lo cómico aparezca es necesario como objeto el elemento humano.»

No obstante, existe en el Humor una relación evidente entre lo humano y lo bestial, un encuentro, un choque, más bien, como el del eslabón contra el pe-

dernal, para que se produzca la «chispa», que así se denomina vulgarmente a la cualidad de la gracia.

Aunque en un orden más amplio —ordenador—, Eugenio d'Ors establece asimismo caras comparaciones entre el Humorismo y la Zooloofía, que ha conocido una manera descriptiva en la obra de Buffon; una manera sistemática en la obra de Linneo, y, últimamente, una forma genérica, abstracta, científica, en la Biología moderna. Para nuestro pensador, la caricatura, el chiste, el humor en general, parecen también inscribirse históricamente en la serie de tres análogas modalidades, y dice: «Señalan las estaciones de su progreso unos pasos adelante, dados en el camino de la abstracción. El más concreto es el humorista descriptivo, el que hace humor como Buffon zooloofa. Un poco más abstracto es ya el humorista del sistema, el manejador de la «intención», el satírico, Linneo del humor. Pero el colmo de la abstracción —continúa D'Ors—, allí donde el humor se vuelve álgebra o metafísica, está más lejos. A esta estación parece que hemos llegado.»

Este punto actual de la caricatura a que se refiere nuestro filósofo, ¿no es ese abstracto e intermedio modo de manifestarse la caricatura entre el hombre y el ser inferior? Un modo humorístico que dejó de consistir en representar concretamente al hombre como un animal irracional o en convertir a éste en un humano ser, sino la creación ideal de un ser indefinible de la escala zoológica —nuevo «antropopiteco»—, equidistante del hombre y de la bestia y altamente expresivo de los vicios y virtudes de ambos. Es el mejor modo de retratar, con regocijo ajeno, al «rey de la creación».

LA ESTILIZACIÓN Y LA CARICATURA

La estilización, esto es, da interpretación convencional de la forma de un objeto haciendo resaltar tan sólo sus

rasgos más característicos», hemos de considerarla como técnica propia del arte caricatural. Sin embargo, aquel procedimiento entraña un sentido de embellecimiento contrario al propósito del caricaturista obsesionado por la idea de la fealdad, a través de la cual ve toda imagen. Este propósito, excesivamente servido, indujo con frecuencia al humorista gráfico a penetrar peligrosamente en el campo antiestético de lo delirante o de lo grotesco, en su viejo y auténtico significado de desagradable y monstruoso, conceptos incompatibles con cualquier manifestación artística. Tamaño error de confundir lo feo con lo gracioso constituyó una de las causas de la decadencia ochocentista de la buena caricatura española del siglo XVIII. Afortunadamente, el concepto de la estilización se reconcilió con la labor caricatural, hasta ser hoy aquel procedimiento el seguido para buscar el mejor, el más atractivo humor.

La estilización dejó de ser la «contra-caricatura», su antítesis, y desde este punto de vista se la define situada en la misma línea que la caricatura, aunque representando el polo opuesto. Caricatura y dibujo de estilización se consideran ya modalidades artísticas complementarias, con una misma dirección, aunque con opuesto sentido; es decir, con finalidades dispares.

GRAFOGENIA

Bien está que nos decidamos a usar el neologismo «grafogenia», que reclama el tácito deseo de los tratadistas del humor para designar una cualidad de los modelos. Constituye la grafogenia un curioso aspecto del arte de la caricatura, que sigue permaneciendo como inexplicable fenómeno plástico. Grafogénica habremos de llamar a esa persona que «se presta» a la caricatura, aquella cuya expresión fisonómica es fácilmente captada por los dibujantes satíricos.

Si, en verdad, aun no se han descubierto ni establecido reglas que rijan de modo seguro las condiciones que han de reunir los rostros para que su represen-

tación lineal se ofrezca con fuerza expresiva, los estudios realizados, aunque de contrario signo, por los técnicos en la cinematografía, han proporcionado al estudio de los caricaturistas originales observaciones, alguna de las cuales resulta interesante para examinarla desde el campo más subjetivo de la caricatura. Así, por ejemplo, si la «fotogenia» fija la norma de que para que un rostro móvil pueda ser captado por la fotografía con «peculiar, permanente y agradable aspecto», han de ofrecer los ojos una separación igual a la anchura de uno de ellos, el caricaturista tendrá en cuenta esta razón de armonía para utilizarla con inversa finalidad. El retratista satírico verá en el incumplimiento de aquella regla un motivo de ridiculización, exagerando la aproximación o el alejamiento excesivo de los órganos de la vista.

Claro es que, aparte de la mayor subjetividad del arte de hacer caricaturas, rebelde a toda norma, existe aún una diferencia esencial entre la «fotogenia» y la «grafogenia», distinta también a la contraria finalidad de ambas «ciencias». La «fotogenia» exige del modelo que absolutamente todos sus rasgos fisonómicos se subordinen a una armónica disposición según determinadas normas; mas en la «grafogenia» basta para el caricaturista con que uno solo de los rasgos faciales del modelo se rebele. El caricaturista puede caricaturizar a un sujeto «incompletamente», con unas gafas y un bigote, con una boca y un mechón de pelo, por ejemplo, despreciando en el papel los rasgos armónicos y vulgares. Porque la caricatura es el rasgo diferencial; pero de esto hablaremos en otra ocasión.

LA FONÉTICA EN EL HUMORISMO

Un interesante fenómeno, si bien observado, poco estudiado en el humorismo literario, es el papel importante que ejerce la fonética en la efectividad de la locución festiva. El efecto de un chiste puede acentuarlo o debilitarlo el

empleo de tal palabra llana, aguda o esdrújula, y aun el número de sílabas de aquel vocablo. En el chiste, siempre sucinto, condensado, dos palabras explicativas, empleadas con riguroso sentido literario, pueden sofocar su poder hilarante y una cacofonía ser valioso procedimiento para vigorizar la saltarina comicidad. Si la afirmación, algo insólita, ha de extrañarnos, moviéndonos increídulos a la duda, un somero examen de cualquier frase humorística puede probarlo, aunque de modo empírico, el aserto, para muchos tal vez osado.

Es sabido que la técnica del breve y expresivo «slogan» se basa en la eufonía. En su construcción, una sílaba difícil de pronunciar puede hacer fracasar su intento de popularizarse, como en la labor humorística una frase de determinada medida silábica es capaz de realizar o diluir la gracia de una idea felizmente concebida. Así, el abstracto nombre propio de tal ciudadano, sin significado concreto alguno, nos incita a reír, y otros apelativos, en cambio, los estimamos serios sólo por sus calidades fónicas. La sonoridad de una oración, de un período, es, con frecuencia, causa de penosos forcejeos por parte del caricaturista al redactar los «pies» de sus «monos». Podríamos afirmar que el humorismo precisa de ciertas licencias gramaticales y sintácticas, al igual que ocurre en la poética, para mejor expresarse.

Si en las pragmáticas de «El Diablo Cojuelo» se aludía a las sustituciones de ideas a que obligan en poesía una consonante, un acento puede, en el terreno humorístico, variar de modo sensible la potencia explosiva de la hilaridad de un chiste. No sería atrevido decir que todo chiste, al nacer, al ser expresado, puede frustrarse por la fonética.

EL CARACTER Y LA CARICATURA

Mucho se ha hablado del poder debelador del carácter que tiene la caricatura, definida por muchos como retrato sinóptico del alma humana o expresivo esquema del espíritu. Y, en verdad, la

moderna caricatura, más que a ridiculizar al sujeto, propende a fijar su gesto característico, cuando no logra representar al sujeto anímicamente.

Aparte, también, la concreta interpretación comparativa de los vicios y virtudes que ofrece el sentido animalista de la caricatura, brinda ésta de modo abstracto, con la elocuente configuración de sus líneas, una clara diferenciación de los caracteres de los modelos.

Según imperen en la caricatura las líneas rectas, quebradas o curvas, habremos de reputar al retratado como sujeto de carácter activo, voluntarioso o de temperamento reposado, reflexivo y cordial, respectivamente. Resulta evidente que las líneas curvas, cuya característica es la suavidad y flexibilidad, conformadoras de los individuos obesos, adjudican a éstos las mismas cualidades temperamentales que la propia Psicología y la Biología. Igualmente, el individuo delgado, de facciones angulosas, nervioso y dinámico, según la científica clasificación de caracteres, es calificado del mismo modo por la línea recta y la quebrada que forman su rostro. En la más razonada y formal técnica de la decoración, se estima a la recta y quebrada como expresión de movimiento e inestabilidad. Huelga decir que según las líneas —rectas y curvas— aparezcan dispuestas en sentido vertical u horizontal, expresarán variaciones de aquellas expresivas muestras de estados de alma. Las líneas cuyo evidente lenguaje en la expresión de sentimientos advierte e interpreta de fácil modo el iniciado en artes plásticas, ofrecen con sus formas y posiciones todo un diccionario de vocablos. Así, la recta horizontal expresa la quietud, la calma y la duración, como las verticales reproducen sentimientos de exaltación y de quietud con matices de poesía. De ello es fácil deducir que por la repetición, el valor y la significación de cada línea se corroboran y afirman, y con la contradicción de éstas, se atenuan y se alteran.

Humberto de Superville, en una labor muy buscada y curiosa, demuestra que basta una pequeña separación de las li-

neas fundamentales del rostro humano para expresar claramente los sentidos más diversos y radicalmente contradictorios.

Cuando los trazos que forman la boca y los ojos son perpendiculares a la línea de la nariz, la cara respira la calma más completa; cuando estos mismos trazos prolongados forman un ángulo cuyo vértice va dirigido hacia el suelo, la fisonomía expresa alegría, y cuando

el ángulo eleva sus trazos hacia arriba, la cara adquiere un marcado aire de tristeza y desolación.

Henry Harard dice de las experiencias y teorías de Superville: «Elegiendo el álamo como árbol de la libertad, y el sauce llorón, lo mismo que el abeto, como árboles especialmente fúnebres, nuestros antepasados no han hecho sino poner en práctica las observaciones del autor de *Signos incondicionales*.»



Los escritores ante el periodismo

Contesta Luis Fernández Ardavín

—*Su comienzo en las letras, ¿fue periodístico o literario?*

—Periodístico. Con una crónica que deposité en el buzón de "El "Liberal", de Madrid, dirigido entonces por don Alfredo Vicenti, publicada al día siguiente en su primera página.

—*¿Razones de su asiduidad periodística?*

—Mi comunicación directa con el público y el deseo de tratar algún tema de actualidad.

—*La dedicación al periodismo, ¿ha mermaído su restante labor literaria?*

—Al contrario. La concisión a que obliga el periodismo, precisando palabras y sintetizando ideas, influye favorablemente en el estilo literario, haciéndole más sustancioso y más concreto.

—*¿Clase de periodismo que ejerce?...*

—Crónica literaria.

—*¿Es el periodismo un género literario?*

—Totalmente. Y si no, deja de ser buen periodismo.

—*¿Escribe lo mismo para el periódico que para el libro, o tiene dos estilos, uno periodístico y otro literario?*

—Todo escritor con personalidad no puede tener más que un estilo: el suyo. Y aun éste, ¡es tan difícil conseguirlo!

—*¿Le han llevado razones económicas al periodismo, vocación o alguna otra razón cualquiera?*

—Vocación. Siempre, y en todo, vocación.

—*¿Por dónde cree haber llegado más al público, por sus comedias, libros o producción periodística?*

—No lo sé.

—*¿Hizo libros con sus trabajos periodísticos?*

—No.

—*¿Por qué?*

—Por pereza de coleccionarlos.

—*¿Obras publicadas?*

—Cincuenta y cinco obras teatrales. Cinco libros de versos. Uno de cuentos y numerosas traducciones.

—*¿Periódicos en que ha publicado sus trabajos?*

—En la mayoría de las revistas y diarios españoles; en "La Nación", de Buenos Aires, y, sobre todo y muy especialmente, en "A B C".

—*¿Labor actual periodística?*

—No mucha, por dejarme poco tiempo para ello mi producción teatral.

—*¿Labor actual literaria?*

—La de siempre. Versos..., teatro... y algún que otro artículo.

«A. O. E.», revista ilustrada del Africa Occidental Española

Por FLORENTINO SORIA

EL día 6 de abril de 1934 el coronel Capaz ocupó Ifni para España. Desde entonces, aquel escondido pedazo de tierra africana se ha ido convirtiendo en una colonia de vida próspera, índice de la mejor tarea civilizadora. La labor patriótica de unos buenos españoles ha conseguido, en pocos años, este milagro. Mostrar a sus compatriotas lo que es y significa Ifni en la misión colonizadora de España en Africa es el propósito de la revista "A. O. E.", publicación editada por el Gobierno Político Militar de Ifni-Sáhara.

Editar una revista ilustrada a muchas millas de toda civilización, en una zona aislada en el desierto, con comunicaciones harto insuficientes, es empresa dificultosa y que acredita unos entusiasmos dignos de la máxima alabanza. Si hoy día ofrece abundantes escollos la publicación de cualquier revista en Madrid y Barcelona, dada la escasez de muchas materias primas y de otras dificultades de diversa índole, se puede suponer el esfuerzo inteligente desplegado por los hombres que editan "A. O. E."

El día 6 de abril de 1943, con motivo de cumplirse el noveno aniversario de la fecha de la ocupación de Ifni, la Comisión de Festejos editó un programa de los mismos. Pero lo que sólo en su propósito pretendió ser índice de unas fiestas conmemorativas, tradicionales ya en

la localidad, quedó convertido, por el acierto de sus confeccionadores y colaboradores, en una excelente revista. Así nos lo explica el coronel gobernador político-militar de Ifni-Sáhara, don José Bermejo, en el segundo número de la publicación: "Ilustraban aquel programa algunos artículos de colaboradores espontáneos, y sin proponérselo, y aun titulándolo —como en realidad era— programa ilustrado, por su edición, formato y el entusiasmo que pusieron los que lo confeccionaron, tomó visos de revista, si bien reducido al ambiente local de Ifni, sin más ambiciones que el proporcionar un recuerdo de tan marcada fecha a los naturales y a los metropolitanos y tropa que, lejos de España, desarrollan sus actividades y hacen guardia vigilantes en este enclave español".

El programa revista se editó en la imprenta del Grupo de Tiradores, y a más del programa de los festejos, publicaba nutridas colaboraciones que trataban, con singular competencia, los diversos aspectos históricos, geográficos, militares, políticos, industriales, comerciales, agrícolas y religiosos de la Zona. En la portada destacaba una fotografía del general Capaz, y el texto estaba avalorado por numerosos grabados.

La publicación fué recibida con unánime satisfacción. Esto animó a sus editores a continuarla en sucesivos núme-

ros, creando una publicación que sirviese de aliento en su labor a los pobladores de la Zona y de recordatorio a los españoles de la metrópoli. Y así, poco



Cuatro de los hombres que editan «A. O. E.»: el cabo Jesús López, el teniente Sánchez, el capitán Abásolo y el sargento Ayala

después, el 18 de julio del mismo año, para conmemorar la fecha del Alzamiento Nacional, se publicó el segundo número, el cual introdujo mejoras notables al ensayo inicial. Aumentó el número de páginas; mejoraron las calidades del papel y la impresión, y el conjunto tuvo ya un definido matiz de revista, dentro del mismo carácter de espontánea y de desinteresada colaboración de las más importantes personalidades de la Zona.

Dadas las especiales condiciones con que se edita "A. O. E.", es imposible de todo punto mantener una periodicidad en la publicación, sujeta a imprevistos irresolubles. Por eso la revista no tiene un ritmo periódico de salida, publicándose en fechas de feliz conmemoración. El tercer número salió a la luz el 6 de abril del presente año. Con las deficiencias insoslayables, por la repetida escasez de

medios, se acusa en su totalidad un mejoramiento notable. Está editado en magnífico papel conché, y las fotografías, muy profusas, reflejan aspectos varios de la vida en Ifni y el Sáhara. Y dan animación a los trabajos de colaboración.

Los tres números de "A. O. E." se han tirado en la imprenta del Grupo de Tiradores, en una vieja máquina plana, marca Maroni, con capacidad suficiente para servir los estadillos de la tropa, pero no para editar con eficiencia los 3.500 ejemplares —los que publica "A. O. E."— de una revista ilustrada, a varias tintas. La adquisición de papel, tintas, tipos, etc., supone una laboriosa gestión, dada la situación geográfica, a enorme distancia de la metrópoli, y la insuficiencia de las comunicaciones. La revista no cuenta con personal profesional, técnico ni impresor, y ha improvisado un cuerpo de redacción, administración y confección, que suplente con un entusiasmo sin límites todas las dificultades enumeradas. Ocho hombres asumen los trabajos de composición de texto, información gráfica, tipografiado, encua-



La vieja máquina «Maroni» con que se edita «A. O. E.»



Portada del último número de «A. O. E.», revista ilustrada del Africa Occidental Española

dermación, etc., etc. Y pilotando esta revista, al frente de este grupo de entusiastas, el capitán Enrique Abásolo, director y animador, con su contagiosa actividad, de esta admirable empresa periodística. Estos son los restantes nombres: teniente Sánchez, jefe de talleres; sargento Ayala, redactor auxiliar; cabo Jesús López, tipógrafo; cabo Amadeo Granell, maquinista, y los soldados, ayudantes, Manuel López, Eloy Candelas y Antonio Bugarin.

En la actualidad es ya inminente la publicación del número cuarto de "A. O. E", que es de suponer proseguirá la línea ascensional de la revista.

En los tres números publicados han colaborado, con artículos interesantes, los siguientes señores: teniente coronel Fernández Aceytuno, delegado del Territorio de Ifni; comandante Sáenz Arana; comandante Sort, director de los Servicios Sanitarios; Lix de Cas; don

José Delgado; don Alfonso Varela; capitán Enrique Abásolo; Fray Antonio P. Félix, comisario de los Franciscanos españoles en Marruecos; don Gregorio Bustos, director del Banco de España en Ifni; comandante Pardo Ibarra; don Jaime de la Iglesia; don Luis Goti; don José Bermejo, coronel gobernador; capitán Fernando Lambarri; capitán Ricardo González; comandante Jiménez Ugarte; don Alfonso Varela; capitán Núñez Rodríguez; teniente Vázquez de la Calle; comandante Galo Bullón; comandante Manuel Mulero; don Enrique Morales Agacino; señor Fernández de Castro, y capitán Antonio Delgado.

Ante el éxito de la revista, se edita también un semanario con el mismo título, dirigido por el teniente coronel Antonio Beriso, y que constituye un utilísimo elemento de información periodística para la población de Ifni.



PERIODISMO EN NORTEAMERICA

ESPECIALISTAS DE LO SENSACIONAL

Valor de una noticia en exclusiva

Por JOSE LUIS FERNANDEZ-RUA

SOBRE nuestra mesa de trabajo han depositado varias fotografías. Están tomadas éstas en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, en Nueva York. En distintos países —y en especial en Estados Unidos— se ha comprendido, ya hace años, la importancia que al periodismo se le concede ahora en España. El periódico —flor de un día— es la expresión vital de un pueblo, y de ahí sus diversas características. Al margen del impulso alcanzado en nuestra Patria vamos a analizar algunos aspectos del periodismo en el país que, hoy en día, va a la cabeza de las informaciones.

Digamos, en primer lugar, que, relativamente, el periodismo en los Estados Unidos es joven. La imprenta, como no ignora el lector, fué introducida en América española por los jesuitas, bastantes años antes que en el Norte. Y el primer periódico no hizo su aparición hasta el año 1690, que lo publicó Benjamín Harris; por cierto, sin permiso de las autoridades inglesas, lo que motivó que, pese a ser mensual, sólo se editó un número. Se llamaba "Publick Occurrences both foreing and domestick". Hasta 1704 —catorce años después— no se publicó "News Letter". Es decir, que

hasta principios del siglo XVIII no empezó Norteamérica a lanzar sus hojas volanderas. Después...

No vamos a hacer historia. Por tanto, aludamos únicamente a Gordon Bennet, el coloso del periodismo americano, que transformó, de una manera extraordinaria las publicaciones de su país. De esto sólo hace cien años. Un emigrante, el escocés Gordon Bennet, imprimía en un sótano de Nueva York un periódico que escribía él mismo, con el título de "New York Herald", y que prodigiosamente, gracias a la amabilidad y la gracia en el cultivo de la noticia, alcanzó unas tiradas insospechadas hasta entonces. Un periódico rival, el "New York Tribune", de Greeley, otro magnífico organizador de periódicos, le disputaba la conquista del público.

Pero lo que no cabe duda, pese a todo, es que Gordon Bennet es el auténtico impulsor del periodismo yanqui. Gracias a él la noticia consiguió un valor indudable. Empezaron a desplazarse los primeros corresponsales al Extranjero. A Francia —testigos de la guerra francoprusiana—; a África, tras las huellas de Livingstone; a Inglaterra... Con razón, y no sin vanagloria, Gordon Bennet escribió: "Shakespeare es el genio del

drama; Walter Scott, de la novela; Milton y Byron, de la poesía, y yo, de la Prensa periódica”.

ESCUELAS DE PERIODISMO

Pronto se comprendió en Estados Unidos que el periódico, fuente de cultura popular, debía estar en manos competentes y no de indocumentados o gentes audaces que se prestaran tan sólo al negocio. Para ello se crearon Escuelas de Periodismo, donde se exige al estudiante lo indispensable para esta profesión: vocación, intuición rápida, facilidad para describir los hechos, ciñéndose a la verdad. Lo que interesa al lector. ¿Y qué es lo que interesa? Para encarrilar a los jóvenes están las Escuelas, con el fin de adaptarlos al ambiente: que mantenga siempre su entusiasmo en la labor callada, alerta a todo suceso. Para esto precisa de una cultura general, donde pueda desenvolverse sin titubeos. La Escuela hace que los alumnos acepten la teoría del profesorado; pero, ante todo, es preciso practicar. Tienen su diario, hecho por todos los alumnos, que recoge la información, la clasifican y titulan. Los mejor preparados tienen a su cargo los editoriales. Se dispone, asimismo, de un archivo, donde se halla clasificado todo aquello que pueda aportar datos a una información. Ampliarla. Desde la política interna del Siam hasta el proyecto de urbanización de las calles de Boston. El alumno ve de cerca —y vive— las distintas secciones puestas al servicio de un gran cotidiano de información: desde los talleres de linotipia, estereotipia, grabado, hasta la sala de máquinas, pasando por la Redacción.

La tercera parte de los alumnos suelen componerlo mujeres. Y éstas cultivan tanto la información periodística como la publicidad comercial, para lo cual también hay redactores especializa-

dos. El anuncio no ha de ser la gaceta llena de tópico, aburrida, carente de amenidad. El anuncio, por el contrario, es un magnífico cebo de experiencias profesionales, donde los redactores se



La noticia nace con el suceso mismo. Este hombre, detenido por un policía por crear alboroto en la vía pública, ha creado una noticia. El periodista debe recoger ésta pronto, redactarla con toda clase de detalles —vestirla— y entregarla al redactor-jefe

afanan por despertar curiosidad allí donde todos los medios a su alcance son farragosos, sin interés.

Como dato curioso señalemos que en la Universidad de Columbia se reciben anualmente de ciento cincuenta a doscientas solicitudes, pero sólo se admiten

sesenta alumnos. Rigurosamente. Desde 1912, fecha en que se fundó, hasta hoy van graduados unos dos mil alumnos, que luego entran en diversos diarios, revistas y casas editoriales del país. También se gradúan jóvenes extranjeros, especialmente de los países hispanoamericanos.

La idea genética de las Escuelas de Periodismo es auténticamente yanqui. La primera Escuela de esta índole fué creada por el general Lee, antiguo comandante jefe de los Sudistas, quien en 1869 propuso a los "trustees" del Washington College, donde era presidente, la fundación de aquélla. Después fueron varias las Universidades que dieron cursos consagrados a la Historia del Periodismo. En 1908 se fundó la Columbia, con un programa de estudios de cuatro años de duración, que permitía obtener el título de licenciado en ciencia periodística. Entre 1910 y 1917 —año en que Norteamérica intervino en la primera guerra mundial— se fundaron varias. En la actualidad, más de 230 Universidades y Colegios dan cursos de periodismo.

La Escuela de Periodismo de Columbia es un centro activo de la Prensa nacional y el cuartel general del periodismo del Estado, que en su edificio tiene las oficinas de la asociación respectiva. Constituye así el laboratorio experimental de los progresos técnicos e intelectuales del ramo. La Semana del Periodismo que cada año se celebra allí, en primavera, ha llegado a ser un acontecimiento nacional, en el que toman parte figuras norteamericanas y extranjeras, y se discuten las cuestiones relativas a la profesión.

EL VALOR DE LA NOTICIA

El cinematógrafo nos ha ofrecido repetidas veces una versión, un tanto estrambótica, de lo que es el periodismo en los Estados Unidos. La anécdota del reportero que empareja su vida a un

acontecimiento sensacional se ha repetido una y otra vez. No vamos a analizar ahora la verdad o la mentira de estos argumentos, montados sobre cimientos de fantasía. Pero sí interesa, en cambio resaltar el hecho —ya monótono en esta clase de films— de la rivalidad existente entre los periodistas. Todos los rotativos pagan sueldos elevados a aquellos reporteros que mejor "huelan" la noticia y, mejor aún, si ésta la consiguen en exclusiva.

Hay que reconocer que los periódicos de cada país tienen su propia fisonomía, espejo de la idiosincrasia de sus lectores. Y, por tanto, una manera distinta de interpretar las informaciones. Un asesinato, el divorcio de una artista, la boda de un magnate de las finanzas, la quiebra de un Banco, el éxito de un comerciante, pueden ser, a veces, la clave de un triunfo periodístico. No por el valor, real muchas veces, de la roticia, sino por la ocasión que ofrece a un profesional para demostrar sus dotes de narrador efectista, directo y rápido.

Y no digamos, por ejemplo, las informaciones de la actualidad política mundial. El lector debe partir del hecho que si existe un pueblo hoy en día de amplias características universales, este pueblo es Norteamérica. Sus colonizadores pertenecen a todos, o casi todos, los países del mundo. Ingleses, polacos, italianos, rusos, franceses, españoles, alemanes. Esta heterogeneidad de razas hace que las noticias de todo el mundo interesen por igual a amplios sectores del público.

De ahí que los periodistas yanquis van de enviados a todos los confines del planeta, dispuestos —con estilográficas y cuartillas en mano— a recoger toda noticia en su propia fuente de información.

Así ha sucedido en la guerra. No había frente, ni sector de combate, que no estuviera en relación por las grandes

Agen
conta
mism
en
fue
de
veric
las
Es
am
conc
que
table

Al
desd
unos
ción
"lea
se
escu
la
lecto
peri
tula
T
dist
de
tant
—
La
riod
los
miti
per
V
pur
cien
un
feso
pic
Al
cur
el

Agencias americanas. Por miles se han contado los corresponsales de guerra. Lo mismo en el desembarco de África que en Normandía, cientos de periodistas fueron testigos de las hazañas militares de los aliados, pudiendo luego verter en verídica prosa toda clase de detalles de las victorias conseguidas.

Es, por tanto, el periodismo norteamericano, dinámico. En rigor, no se concibe en el siglo XX otro periodismo que éste. Lo demás es literatura confortable, sin nervio ni temperatura.

IMPORTANCIA DE LOS TITULARES

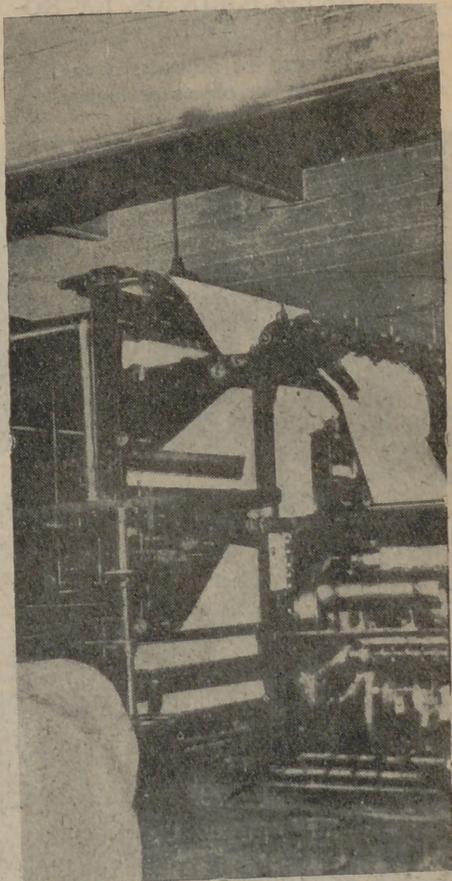
Al periodista americano se le enseña, desde el primer momento, el valor de unos titulares que encabecen la información. Estos titulares deben recoger el "lead" de la noticia. Su espíritu. En ellos se debe sintetizar, de una manera bien escueta, cuanto más, mejor, el fondo de la noticia. Los titulares deben guiar al lector. Es de supremo interés para el periodista que el lector vea en cada titular una información de interés.

Tampoco debe olvidar que el periodista ha de estar siempre al corriente de todo lo que sucede en el mundo. Por tanto, los titulares han de ser siempre —o las más veces posible— afirmativos. La duda pertenece sólo al lector. El periodista ha de tener seguridad en todos los temas que aborda. No se debe admitir los titubeos. Eso, a la larga, irá en perjuicio del periódico.

Vamos a referir ahora, como ejemplo puramente anecdótico, lo acontecido a cierto famoso profesor de química con un periodista norteamericano. Este profesor, conocido alpinista, ascendió al pico Longs, en las montañas Rocosas. Al regresar, luego de cumplida su excursión, fué visitado por un reportero, el cual anotó todas las observaciones que

el profesor le decía haber hecho en aquellas alturas. De la nieve, las penalidades de la ascensión, y, entre otras cosas, que acostumbraba usar zapatillas dentro de las botas de alpinista, con el fin de amortiguar la dureza del camino.

Más de una hora duraron las observaciones del profesor de química, tomadas cuidadosamente por el reportero, que, al



La teja está en la rotativa. La gran máquina lanza a la hora miles y miles de ejemplares. La noticia, fresca de tinta, va a salir a la calle

siguiente día las publicó en su periódico con todo lujo de detalles. Pero llevando la información este título, para el periodista el mejor cebo para atraer la atención del lector: "Un profesor de Universidad trepa al pico Longs en zapatillas".

Este es un buen botón de muestra de lo que más arriba afirmamos.

TRAYECTORIA DE LA NOTICIA

Los hombres, los animales y las cosas, todo puede ser objeto de noticia. La

noticia puede tener mayor o menor importancia, según la clase de público a quien vaya dirigido. No es de igual valor un suceso en Washington, en Madrid o en Tokio. Al ocurrir el suceso nace, consustancialmente, la noticia. El periodista la recoge, la redacta y la envía a los talleres. Allí, el regente de imprenta le hará seguir un circuito de materialización, segunda parte del primero, en la cual se le dió forma.

Primero será el linotipista quien la convierta en plomo. Después, el tipógrafo que la ajuste en la platina. Por



La noticia ha nacido en la calle y en la calle muere. Los vendedores la van a vocear muy pronto a los cuatro vientos

último —y todo esto a grandes rasgos—, la rotativa la lanzará, multiplicada por miles, fresca de tinta, para que pueda llegar al lector cuanto antes.

Porque todas las noticias —buenas o malas, pequeñas o grandes— han de cubrir el mismo camino, pasar por el mismo tamiz, sufrir la misma trayectoria, hasta alcanzar los ojos del lector.

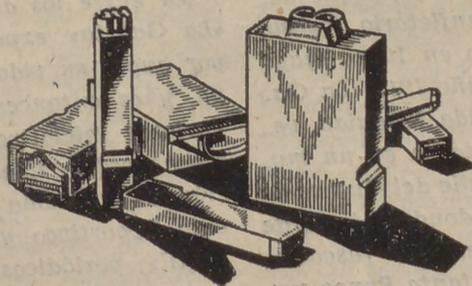
EL PERIODISMO ES NEGOCIO

El "businessman", el hombre de negocios americano, ha sabido aprovechar con talento el camino que emprendiera felizmente Gordon Bennet. Las Empresas se han multiplicado, se desarrollan y obtienen resonantes triunfos financieros. El capital no se ha retraído. Esto implica la confianza del país en sus grandes rotativos. La industrialización de la noticia significa hoy en día el pan

de miles y miles de hombres y mujeres, misioneros en el arte y la ciencia de informar a diario a todos los ciudadanos.

El financiero ha recurrido al experto. Este no se ha limitado a imponer sus concepciones periodísticas al público. Ha preferido llegar a él respirando en la fuente de sus intereses, de sus grandes y de sus pequeños problemas, ofreciéndole a diario la ventana donde poder asomarse a un ambiente que ha de serle grato. Por eso, el periódico —y no son pocos— constituye la arquitectura de una institución bien enraizada. Pues es esencialmente popular.

Todos debemos mirar ese espejo donde, hasta con miras ambiciosas, no se tienen límites si se trabaja con afán por superar el éxito del vecino, en una rivalidad profesional limpia de todo rencor y bella en la incansable lucha por la noticia, cuyo valor dura seis, doce y —cuando más— veinticuatro horas.



«La Gaceta» de Sao Paulo

ENTRE muchas cosas buenas de que dispone Sao Paulo, la segunda ciudad del Brasil, se encuentra su periódico «La Gaceta», diario que supera en prestigio y bien cimentada popularidad a cualquiera de los grandes rotativos de la nación del café, inclusive a aquellos que ven la luz en la capital federal.

La historia de «La Gaceta» es una historia algo agitada, pues ha pasado por varias vicisitudes en su vida hasta llegar al floreciente estado en que se encuentra en la actualidad. Adolfo Araujo, poeta melancólico bohemio y panfletario fogoso, fundó el periódico en 10 de mayo de 1906. Hasta el año 1917 «La Gaceta» llevó una vida lánguida, vegetando humildemente en un modesto piso de la calle del Quince de Noviembre, lugar donde más tarde se construyó un edificio rascacielos para un importante Banco suramericano. A la muerte de Araujo, acaecida en 1915, el periódico siguió su vida parca, dirigido por los señores Joao Dente y Antonio Au-

gusto Covello, siguiendo así durante tres años, hasta que un buen día fué adquirido por don Gaspar Libero, que ya para entonces tenía bien cimentada su fama de buen periodista.

En su nueva instalación de la calle de Badaro, «La Gaceta» comenzó a resurgir, aumentando su potencia, renovando su maquinaria y adquiriendo cada día más popularidad y prestigio, hasta llegar a la privilegiada situación que hoy disfruta en la urbe paulista.

En el tercer decenio de su vida, o sea entre los años 1929 a 1939, «La Gaceta» experimentó su mayor auge; su vida fué más agitada, y es entonces cuando adoptó curiosas iniciativas y trascendentes acuerdos, tales como la creación en su mismo local de «La Gaceta Deportiva» y «La Gaceta Infantil», periódicos que, en su respectiva materia, son de lo mejor de su clase. A partir de entonces, «La Gaceta» se transforma a su modo de ser actual. Comenzó para ello por construir un enorme edificio de

nueve plantas, en el cual se encuentra instalada en la actualidad, edificio que es, sin duda, el más bello de Sao Paulo, y cuyo aprovechamiento está todo realizado en beneficio del periódico y de quienes trabajan para él. Ello queda bien demostrado con la división de sus nueve plantas, que es la siguiente: Sótano: Depósito de bobinas, enrolladora; expedición y recaudación de ejemplares. Planta baja: Hall, portería, centralilla y hornos de estereotipia. Primer piso: Departamento de publicidad, administración, contabilidad, redacción de «La Gaceta Deportiva», sala de linotipias y de ajuste y café bar para los empleados. Segundo piso: Salón para tertulias, sala de lecturas, hemeroteca y biblioteca, redacción, sala del director y secretaría. Tercer piso: Sala de recepciones, despacho de su director, don Gaspar Libero, que se mantiene cerrado desde el día que falleció. Cuarto piso: Archivos, otra biblioteca y archivo de clichés. Quinto piso: Redacción de «La Gaceta Infantil» y otras publicaciones infantiles. Sexto piso: Sala de Exposiciones y departamento de fotografía. Séptimo piso: Departamento de fotograbado. Octavo piso: Restaurante donde almuerzan los empleados del periódico por precios muy módicos. Noveno piso: En él está instalada la torrecilla don-

de está montada la sirena con que se anuncian los acontecimientos trascendentales y las ediciones extraordinarias del diario.

Este periódico dispone asimismo de una emisora de radio desde la que se radia todos los días una emisión titulada «La Gaceta Hablada», emitiéndose noticias, reportajes, recitales de poesía, obras de teatro, críticas, charlas de arte, sesiones cómicas y crónicas deportivas.

Las salas de redacción de «La Gaceta» son amplias, o, mejor dicho, es una gran sala, a cuyos lados existen unos despachos particulares para cada redactor, el cual dispone de sus elementos propios y de su máquina de escribir. Cada redactor envía su trabajo a un subsecretario, el cual revisa el artículo y le efectúa las correcciones que sean necesarias, para después enviarlo a su composición.

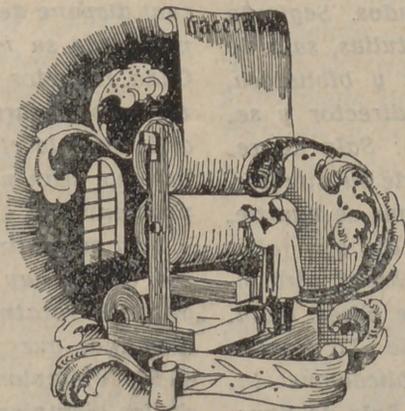
Esta se realiza en grandes talleres, donde hay 40 linotipias y dos grandes rotativas, de fabricación alemana, que tiran alrededor de 40.000 ejemplares cada una, siendo los ejemplares de 20 páginas.

La redacción está compuesta de unos 50 redactores y más de cien colaboradores. Entre ellos se encuentran diversas figuras de la mejor intelectualidad del país, entre las que se hallan notables poetas, como Correa Junior, quien tie-

ne a su cargo la cuestión social; Judas Isgarota, poeta y editorialista, antiguo mozo de café y ejemplo típico del «self_mande man»; Carlos da Fonseca, director del archivo y crítico teatral; Da Souza Filho, crítico literario, y Silveira Peixoto, literato y pensador traductor de John Dos Passos y de Enerson.

En sus líneas generales, ésta es «La Gaceta», primer periódico pau-

lista y honra del periodismo de habla portuguesa, nacido pobremente, pero llegado a la opulencia gracias al trabajo heroico de sus empleados, que con ello dan un ejemplo sin igual del puesto adonde puede llegar un diario si sus servidores se entregan en cuerpo y alma a la tarea de engrandecerlo y levantarlo.



LA «REVUE HISPANIQUE»

Por JUAN DEL ARCO

I

EL HISPANISMO EN FRANCIA

ENEMIGOS o amigos, alternativamente, ambas situaciones dan motivos suficientes para que exista un interés mutuo entre los países colcados en este eterno dilema. La situación de España y Francia, a través de los últimos tres o cuatro centenios, ha sido esta, poco más o menos. Naturalmente, si al soldado no le es muy necesario conocer el idioma del enemigo para combatirle con el natural denuedo, no así ocurre con el oficial y el jefe, al que este conocimiento resulta de todo punto indispensable. Y de la misma manera que nuestros jefes aprendieron el francés, que era el idioma de nuestra Baja Bélgica y de nuestro Franco-Condado, los franceses hubieron de abundar, en los siglos XVI y XVII, de curiosos «Métodos» y entretenidos «Diálogos» con que proporcionarse el estudio y conocimiento de nuestro idioma.

Y cuando un idioma de la riqueza literaria del español se domina lo suficiente para conocer sus joyas más preciadas, no puede eludirse el imperativo de hacerlas conocer a los demás: de ahí nacieron las numerosas versiones y traducciones que del idioma de Cervantes se hicieron a la lengua de Molière por una legión de traductores no siempre tan preparados como los D'Audiguier y los Oudin.

El siglo XVIII, deliberadamente antiespañol, tras la larga polémica planteada por los redactores de la «Enciclopedia Metódica» sobre lo que se debía o no se debía a España en la «civilización universal, se pacificó para hacernos caer en un más peligroso olvido.

Tenia que llegar el Romanticismo, con su necesaria ambientación medievalista y una fuerte tendencia a las decoraciones meridionales, para que la España fantástica y legendaria volviese al plano de la actualidad. Falsa o verídica la interpretación de nuestros hechos y de nuestras cosas, un punto se había ganado: la vuelta a la popularidad. Una vez encarrilados en la cadena sin fin del interés público, las cosas irían situándose en su punto, y, por último —como así ha ocurrido—, habría de venir la verdad, con sus consabidos resplandores.

Hasta aquel instante, los nombres franceses interesados en las cosas

de España podían contarse con los dedos de una mano: los de Corneille, Molière, Scarron, Rotrou, Quinault, Lésage y otros más, aunque respecto a la calidad no puede decirse lo mismo.

Fueron los bastante imaginativos literatos de la pléyade romántica los que nos pusieron de moda: Merimée, Victor Hugo, «Jorge Sand», Gautier, Quinet, Dumas y tantos otros. Pero, junto a ellos, otro grupo no inferir de amigos de España intentaron dilucidar lo que de verdad había bajo tanta fantasía y leyenda. Con ellos, naturalmente, surgió la primera y efectiva generación de hispanistas; mejor dicho, de hispanófilos.

De este grupo surgieron, junto a las entonces famosas y traducidas de Schack y Bouterweck, los primeros trabajos enderezados a construir nuestra historia literaria y artística: Sismonde de Sismondi, en su «Littérature du Midi de l'Europe» (1813); A. de Puibusque, en la «Histoire comparée des littératures espagnole et française» (1844); Viardot, en sus «Estudios sobre España» (1835), o el conde de Puigmaigre, con sus «Vieux Auteurs Castillans» (1861), son los más representativos y documentados trabajadores de las letras hispánicas en la Francia romántica.

Estudios literarios y políticos alternaron dos de los más destacados hispanistas de aquella hora: Antoine de Latour y Charles de Mazade, a los que con bastante frecuencia hay que acudir cuando se quiere saber algo sobre nuestra España de entonces. Escribió el primero unos «Etudes sur l'Espagne» (1855), «La Baie de Cadix» (1858), «Tolède et les bords du Tage» (1860), «L'Espagne religieuse et littéraire» (1862) y unos bien informados «Etudes sur l'Espagne contemporaine» (1864); de Charles de Mazade son los interminables ensayos que pueblan, durante más de veinte años, las páginas tan hispanófilas de la «Revue des Deux Mondes».

Sin embargo, esta primera generación de hispanistas queda marcada con el estigma de su falta de método y seguridad, escasa documentación y ausencia absoluta de un mínimo rigor erudito. Pertencen por completo estas cualidades a la generación que habrá de sucederle. La influencia germánica hizo que, si bien los trabajos resultantes pecasen de falta de amplitud, estuviesen sobrados de solidez y carácter científico y demostrativo. Citemos —por no dar excesiva explanación a este preámbulo— solamente los nombres de sus más distinguidos componentes: Morel Fatió, autor de los *Etudes sur l'Espagne* (1888, 94) y director del *Bulletin Hispanique*, de Burdeos; L. de Viel-Castel, que escribió un *Ensayo sobre el teatro español* (1882), así como A. Germond de Langué lo hizo al año siguiente sobre la *Comedia española*; E. Mérimée, biógrafo y crítico de Quevedo, y director muchos años del grupo hispanófilo de Burdeos; Léo Rouanet, autor de *Intermèdes espagnols* (1897); Gaston Paris, historiador de nuestras leyendas medievales; Boris de Tannenberg, que escribió una vivaz *Espagne littéraire* (1903); L. P. Thomas, Le Gentil, Bertrand, Martinenche, Cirot, P. Paris, Pitollet, Vezinet, Boussagol, Sarrailh, Desdevises du Dézert, Bataillon, Pesseux, Richard, por no obligarnos a enumerar unas cuantas docenas más, hasta acabar con los más recientes trabajos de Miomandre, Cassou y tantos

otros, cuya actualidad nos obliga a efectuar la excepción de traerlos a un somero detalle.

Fruto es esta última generación de hispanistas de los trabajos de R. Foulché-Delbosc y de su *Révue Hispanique*, y no podemos omitir los resultados en un trabajo que se quiere historiar al uno y a la otra.

En la *Bibliothèque* de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos, cuyos primeros volúmenes contienen trabajos de Lautier, Laumonier, Babe- lon, Ricard, Baruzi, Costes, Thouvenot, etc., han ido apareciendo, en estos últimos tiempos, obras tan interesantes y constructivas como *Las Jurdes* (1927), de M. Légendre; *Un homme d'Etat espagnol: Martinez de la Rosa* (1930), y *La Contre-Révolution sous la Régence de Madrid* (1930), de J. Sarrailh; *Le Commerce français à Séville et Cadix au temps des Hapsbourgs* (1932), y *Rivalité commerciale et maritime entre Séville et Cadix jusqu'à la fin du XVIII.^e siècle* (1932), de A. Girard; *Les édu- cateurs de l'Espagne contemporaine* (1936), del P. Jobit; *L'Erasmus et l'Espagne*, de Bataillon, y los trabajos sobre cultura romana y gótica, de G. Gaillard.

En cuanto a las obras de investigación y divulgación literaria, debe- mos recordar las *Literaturas españolas*, de Legendre (1930) y M. Camp (1943); las *Recherches sur le «Libro del buen amor»*, de Lecoy (1938); *Saint-Jean de la Croix* (1931), de Baruzi; *Cervantes* (1939), de Babelon, y otra biografía del autor del *Quijote*, publicada, en 1938, por Recouly; la de Quevedo (1928), de R. Bouvier; el Lope de Vega (1929), de M. Ca- rayon; los trabajos sobre Feijóo (1936), de G. Delpy; la biografía del Duque de Rivas, de Boussagol (1926), y la *Literatura catalana contem- poránea*, (1933), de J. J. Bertrand.

Autores de manuales históricos de nuestra Patria son: Louis Bertrand (1932), también biógrafo de Felipe II y de Santa Teresa; M. Légendre (1938) y otros. Monografías sobre puntos, épocas y situaciones de la historia española han escrito: Thouvenot, Levi-Provençal; P. Guinard, autor de una historia de la Reconquista (1937); Lucas Dubreton, René Bouvier, Fugier, Grasset, Geoffroy, Pierre de Luz, Varagnac, Lhande, etcétera. El Arte y la Arqueología española han sido estudiados por P. Pa- ris, Gielly, Nicolle, Hauteœur, Lambert, Baltrusaites, Jamot, Rouches, Mauclair, Digard, Guinard, Grappe, Rouches, hasta los últimos trabajos sobre el Greco (1943), de Jean Cocteau, y sobre Goya (1941), de Adhe- mar y Pillement (1938).

II

RAYMOND FOULCHE-DELBOSC

Dado a los estudios lingüísticos, desde muy joven, poseyó el dominio de casi todos los idiomas de Europa, sin olvidar los lenguajes clásicos de acostumbrado conocimiento. A los veintitrés años fué nombrado pro- fesor de los Colegios Say y Colbert, de París; años más tarde, de los «Hautes Etudes Commerciales». Desde los primeros instantes sintió pre-

dilección por el idioma castellano. Su carrera filológica se inaugura con una *Grammaire espagnole*, que logra ver colocada de texto en los más importantes Centros de enseñanza de nuestro idioma, y unos *Contes espagnoles*, resultado de sus traducciones de las leyendas de Balaguer, Campión y otros, que publicó el año 1889.

En 1886 había hecho su primer recorrido por las tierras de la Península. Entró por Cataluña, bajó por Valencia, se adentró por Córdoba, hasta Granada, Málaga y Cádiz, para regresar por Sevilla, Madrid, Irún y Francia. Tenía necesidad de una buena ducha de ambiente. Y aunque el periplo le duró escasamente seis semanas, resultó suficiente para reforzar su castellano y lograr la realización material de un paisaje por tantas veces imaginado sobre los libros.

Años más tarde, escribió sendas Gramáticas de lengua portuguesa y catalana, a más de un interesante sistema práctico para el aprendizaje de las lenguas vivas. Como prueba de haber llegado a la mayor perfección en el dominio del idioma castellano, en 1892, dedicó sus esfuerzos a lograr una bella traducción de *El Licenciado Vidriera*, por primera vez editado en francés. Este mismo año efectuó su segundo viaje por España, que tuvo bastante mayor duración, y le dió tiempo y ocasión para hacerle conocer los numerosos tesoros bibliográficos encerrados en nuestras bibliotecas y archivos, además de ponerle en contacto con Valera, Menéndez y Pelayo y tantas otras de las grandes figuras de la España literaria de hace cincuenta años.

El año siguiente hizo una cuidada traducción de *El estudiante de Salamanca*, de Espronceda, y estudió detenidamente cuanto podía tener relación e interés con la monografía que dedicó al estudio de las *Guerras de Granada*, de Hurtado de Mendoza. Por estos mismos años dió a la estampa dos curiosos folletos: *Poesías inéditas de don Nicolás Fernández de Moratín* y *Odas inéditas de don Juan Meléndez Valdés*.

Todos estos trabajos no significaron más que el preámbulo de una idea principal que se le había metido al joven hispanista entre ceja y ceja: la fundación de una revista, de base más amplia que la ya lejana *Revista Europea*, de Modesto Lafuente, que reuniese y dirigiese los esfuerzos dispersos de cuantos tenían interés y gusto por las cosas de España.

Bonilla y San Martín, años después de haber iniciado Foulché-Delbosc la publicación de la *Revue Hispanique*, comentaba la arriesgada decisión del benemérito hispanista con estas palabras: «A la sazón, debía parecer una locura este proyecto. No cabía contar con editor alguno, porque los resultados económicos habian de ser fatales. ¿Qué buen suceso podía tener una revista de este género, refiriéndose a países donde tan poco se lee y donde tanto duele gastar el dinero en libros? ¿Qué público innominado sostendría semejante publicación?»

Pero el señor Foulché-Delbosc no era hombre al que tales obstáculos arredrasen; y así como había demostrado prudente juicio y aguda crítica en sus escritos, y exquisito gusto en la materialidad de sus ediciones, así dió pruebas de firme voluntad decidiéndose a llevar a la práctica la idea, sin contar con ninguna clase de subvención gubernamental,

ni con esperanza de la más pequeña ganancia. En marzo de 1894 salió a la venta en París el primer número de la *Revue Hispanique*. Desde entonces, su vida ha ido ligada íntimamente a la de tan noble e hidalga publicación.

III

LA «REVUE HISPANIQUE»

Tres años llevaba de vida el periódico, y aun hubo necesidad de aclarar el porqué de su existencia y necesidades a cubrir. Los motivos que impulsaron al creador y director de la *Revue Hispanique* a llevar adelante la empresa que tantos reputaron descabellada, y el fin que perseguía tan poco usual revista quedó bien aclarado en el programa que a continuación transcribimos:

«La *Revue Hispanique* fué fundada en marzo de 1894 para contribuir al estudio de las lenguas, de la literatura y de la historia de los países castellanos, catalanes y portugueses. Hasta la señalada fecha, los hispanistas de todos los países habían venido tropezando siempre con los mismos escollos: de una parte, la ausencia de un órgano común dificultaba con frecuencia la publicación de preciados trabajos; de otra, el aislamiento obligaba a los eruditos a proseguir investigaciones largas y penosas, en muchas ocasiones innecesarias.

»Fuera de la Península, las diversas publicaciones consagradas a las lenguas románicas no se ocupan, en su mayor parte, sino a la filología pura, y todavía es necesario añadir que el lugar reservado a la filología de las lenguas castellanas, catalanas y portuguesas es de los más reducidos... Las revistas históricas no dedican a los países hispánicos sino raros estudios. En cuanto a las revistas puramente literarias, todas pecan de los mismos defectos.

»En la Península misma existen, es verdad, numerosas publicaciones periódicas; pero la duración efímera de muchas de ellas, y la gran facilidad con que las restantes acogen trabajos de escaso valor las impiden cumplir el cometido a que nacen obligadas.

»Los hispanistas no contaban, pues, con ningún periódico especializado: la *Revue Hispanique* se ha propuesto cubrir esta laguna y ser su órgano desde el triple punto de vista filológico, literario e histórico. Dejando a cada uno de sus colaboradores entera libertad de juicio, no acoge ni acogerá sino aquellos trabajos que den o puedan dar un progreso a los estudios hispánicos.»

Desde los primeros tiempos, la revista adoptó el tamaño de 17 x 25 centímetros, pero el número de sus páginas aumentó desde las cien, de que constaba en sus primeras entregas, hasta alcanzar las seiscientas de que se componían algunos de sus últimos fascículos trimestrales.

Al principio, con las dificultades propias de tan arriesgada empresa editorial, el señor Foulché-Delbosc llegó a prescindir de las cosas necesarias para subvenir a los gastos que la publicación de la revista le ocasionaba. A partir de 1905, la «Hispanic Society of America», obra

del filántropo e hispanista Archer M. Huntington, se encargó del sostenimiento económico de la *Revue Hispanique*, y dió al señor Foulché-Delbosc todas las facilidades para permitirse continuar de por vida la publicación de la que siempre permaneció en el timón directorial.

El título general adoptado indicaba claramente el tema y dirección de la *Revue Hispanique: Recueil consacré à l'étude des langues, des littératures et de l'histoire des Pays castillans, catalans et portugais*.

Nos gustaría dar al lector el índice completo de tan preciosa publicación; pero su inserción detallada ocuparía más de un número de la GACETA DE PRENSA ESPAÑOLA, y, a pesar del parcial interés con que el público pudiese acogerlo, no nos perdonarían algunos tan extenso *tostón*. Como muestra y curiosidad, daremos el de los primeros números:

Núm. 1 (marzo de 1894):

	Páginas
A. R. Gonçalves Viana: <i>Les langues littéraires de l'Espagne et du Portugal</i>	1
R. Foulché-Delbosc: <i>La transcription hispano-hébraïque</i>	22
E. Merimée.— <i>Etudes sur la littérature espagnole au XIX.^e siècle: Jovellanos</i>	34
Una poesía inédita de Rodrigo Cota	69
<i>Los besos de amor</i> , oda inédita de don Juan Meléndez Valdés	73
E. Merimée: <i>Notes sur Guillén de Castro</i>	84
R. Foulché-Delbosc: <i>Deux lettres inédites d'Isabelle la Catholique, concernant la famille de Rodrigo Cota</i>	85
<i>Bibliographie</i>	88
<i>Comptes rendus</i>	99

Núm. 2 (julio 1894):

R. Foulché-Delbosc.— <i>Etudes sur la «Guerre de Granada», de don Diego Hurtado de Mendoza</i>	101
Poesías inéditas de don Juan Meléndez Valdés	166
F. H. Grasser.— <i>Un sonnet retrouvé de Cervantes</i>	196
R. Foulché-Delbosc.— <i>Le testament d'un juif d'Alba de Tormes</i>	197

Núm. 3 (noviembre 1894):

E. Merimée.— <i>Etudes sur la littérature espagnole du XIX.^e siècle. Meléndez Valdés</i>	217
--	-----

	Páginas
H. Péseux_Richad.— <i>Humoradas, Doloras et Pe-</i> <i>tits poèmes de don Ramón de Campoamor.</i>	236
Obras inéditas de don José Cadalso...	258
James Fitz_Maurice Kelly.— <i>Notes sur la biogra-</i> <i>phie française de Cervantes</i> ...	336
F. H. Graser.— <i>Notes sur une édition de «Don</i> <i>Quixote»</i> ...	337

En los números correspondientes al año 1895 sobresalen los trabajos de Rufino J. Cuervo (*Disquisiciones sobre la antigua Ortografía y pronunciación castellana*), de Emilio Cotarelo (*Una obra desconocida de Don Enrique de Villena*), de J. Leite de Vasconcellos (*Remarque sur quelques vestiges des cas latins en portugais*), del conde de Puygmaigre (*Un savant espagnol du XVI.^e siècle: Argote de Molina*), Foulché_Delbosc (*Le sonnet «A Cristo crucificado»*), James Fitz Maurice Kelly (*The bibliography of the «Diana enamorada»*) y G. Baist (*«Parras» und «Parcs»*), además de reproducir entre sus textos inéditos unas poesías de Tomás de Iriarte y de José Iglesias, más una curiosa colección de proverbios judeo-españoles.

Más de trescientas cincuenta páginas del volumen conjunto que formaban los tres fascículos del año 1896 dedicó Foulché_Delbosc a una extensa *Bibliographie des Voyages en Espagne et Portugal*. En 1897, Pompeyo Fabra estudió la Fonética del Catalán oriental, y efectuaron su debut en las páginas de la revista figuras como las de Gaspar Ens, Kayserling, Gabrielli, François Rousseau, Desdevises du Désert, Rennert, además de los ya señalados en anteriores entregas, entre los que no faltan dos o tres trabajos del infatigable Foulché_Delbosc, que en los años del gran conflicto de 1914 llegó a ocupar, con su nombre y varios seudónimos, volúmenes enteros de la *Revue Hispanique*.

En 1898, la publicación se transformó en trimestral, sumando más de quinientas el conjunto de sus páginas. En este año hacen su aparición firmas de la valía de un Arturo Farinelli, Boris de Tannenberg, Julio Moreira, Ramón Menéndez Pidal y Léo Rouanet; en 1898 lo hacen la inteligente portuguesa doña Carolina Michælis de Vasconcellos y los hispanistas ingleses John D. Fitz_Gerald y H. S. Ashbee.

En 1900 son nuevos, en la *Revue Hispanique*, Charles Carroll_Marden, L. Barrau_Dihigo y Adolpho Coelho; en 1901, Adolfo Bonilla y San Martín; en 1902, Konrad Hæbler y Gabriel Marcel; en 1903, Charles Philip Wagner, Antonio Restori, Lucien Bouvet, Joaquin Miret y Sanz, y H. P. Biggar; en 1904, Paul Groussac, Julio Puyol y Hugues Vaganay; en 1905, C. B. Bourland, Ramón D. Peres, Oliver M. Johnston, Andrés Giménez Soler y Rafael Salillas; en 1906, Ciro Bayo, H. P. Lang, Coester, Seybold y Carreras y Candi, etcétera. Hasta completar, en sus ochenta tomos, en 1933, después de muerto Raymond Foulché_Delbosc (en 3 de junio de 1929), los nombres de todos cuantos en España y fuera de España han tenido interés por las cosas relacionadas con la filología, la literatura y la historia de los países hispánicos.

«La Gaceta Popular», en 1893, periódico independiente modelo

Por EDUARDO COMIN COLOMER

La proclamación de la primera República en España, como todo cambio político radical, fué acusada dentro de la Prensa por una serie de «altas y bajas» que no solamente pueden ser utilizadas y tenidas en cuenta para la confección de cualquier crónica retrospectiva por lo que pueden servir en la tarea de calificar personas y publicaciones, sino también porque ayudan a interpretar en forma una cualidad de la que se usó y abusó por nuestros colegas del pasado siglo. Nos referimos a «ese» que suele encubrirse piadosamente con el calificativo de «oportunismo».

Claro que no podemos olvidar que el periodismo es el barómetro más perfecto para registrar la situación de un país, porque recoge las ansiedades nacionales de una manera viva y real, reflejadas en la escueta noticia y animadas por el comentario, de indiscutible valor siempre, aunque su tónica pueda ser la de negativismo sistemático.

La «revolución periodística» del XIX se inició propiamente a partir de las jornadas que originaron, en lo político, el destronamiento de Isabel II. La serie de partidos que se unieron a los que de-

seaban «España con honra» tenían sus miras especiales. Y hasta dentro de ellos se discrepaba por los mismos jefes. Topete —que tantas banderas, entorchadas y honores debía a la destronada—, aunque sometido a la jefatura del duque de la Torre, y acaso por haber sido el firmante del manifiesto lanzado desde la fragata «Zaragoza», pensaba en la candidatura montpensierista, en tanto que Prim, y tras él Paül y Angulo y los revolucionarios andaluces, esperaban el resultado de la usoberanía nacional, incapaz, con sus formas de exposición, de dar gusto a todas las fracciones políticas. Todos ellos, pues, necesitaron de órganos periodísticos, siquiera para que el pueblo se enterara lo más rápidamente posible que faltaba unidad y táctica en los mismos que pretendían imponer su dirección política.

Hemos leído que desde octubre de 1868 a finales de 1870 aparecieron en Madrid trecientos sesenta y tantos periódicos, correspondiendo al último trimestre del año mencionado en primer término la friolera de un periódico nuevo por día!

La cosa es verdaderamente notable.

más que nada por ser expresión de un «estado de opinión» lindante con el caos.

Y así fué, por desgracia para el país.

* * *

La proclamación de la República en febrero de 1873 —recogemos «el hilo de la narración»— impuso la desaparición de ciertos periódicos cuyas orientaciones resultaban imposibles de conjugar dentro del régimen instaurado.

A partir de aquella fecha, el mayor número de «altas» lo procuraron publicaciones republicanas, cuyas finalidades respectivas podían ser, o que los dirigentes políticos necesitaban, más que «plataforma», un lugar desde el que se les agijoneara de lo lindo, o bien se trataba de orientar en forma la pública actividad.

«El Amigo del Pueblo», como «La Igualdad», en la que intervinieron Besot, Figueras, Orense, Mellado y Paül y Angulo, justifica nuestro criterio.

No calmada aún la barahunda, empezó a hacerse en Madrid una eficaz propaganda anunciando algo que podríamos llamar «Mirlo Blanco», ya que en su programa, si bien se atisbaba una cierta inclinación por lo social, no llegaba a adivinarsé una intención política clara, pese a que su fundador, don Julio Nombela, figurara en las filas del Carlismo como uno de los ardientes defensores de la Causa.

Titulábase el periódico La Gaceta Popular, y su programa trataremos de condensarlos en los siguientes puntos:

— Defensa del trabajo, de la moral y de la familia.

— Constituirse en centinela avanzado de todos los progresos de la ciencia.

— Defensa del pueblo trabajador que labora, sufre y calla.

— Seguir el movimiento literario y artístico por trabajos y secciones especiales.

— Ocuparse de los adelantos de la industria.

— Publicación de tantas noticias como el que más insertase y enriquecerlas con detalles y crónicas.

Lo más curioso de La Gaceta Popular, que despistó al público totalmente, era el «pulsé» de la Redacción. Allí convivían personas de ideologías contrapuestas. Si el propietario era carlista puro, José Fernández Bremón, por ejemplo, pensaba en la restauración alfonsina. Conrado Solsona, en funciones reporteriles, podía hacer pensar en un periódico liberal neto. Luis Vidari, Ramón Chico, Mariano Lerroux y Manuel Matoses no tuvieron, por su parte, que ceder un ápice de sus convicciones democráticas. No faltaban los «neutros», y de ellos haremos mención, para completar de pasada la plantilla, de José del Castillo y Soriano, Ricardo Sepúlveda, Luis Álvarez Albistur, Antonio de Truëba, Francisco Muñoz, Juan Bautista Perales y Modesto Fernández. Estos, si bien alguna vez pensaron en política, no cabe duda que dejaron en ella menos rastro que una hormiga en mármol negro.

No quiso Nombela hurtar a nadie personalidad, y contra lo acostumbrado en otros diarios, los redactores de La Gaceta Popular firmaban todos sus trabajos. Esto nos da idea de la independencia política de la publicación, ya que entonces se estilaba: o «el hombre de paja», presto a cargar con las consecuencias judiciales de algún cronicón o editorial subido de tono, o también el director diputado que se solidarizaba de cuanto veía la luz en el periódico, protegido por la inmunidad del cargo.

Otra cosa característica de La Gaceta Popular era la condición previamente establecida para que un solicitante pudiera entrar a formar parte de ella. Había un requisito indispensable: la aceptación del programa social establecido como guía. Después, igual era que el incorporado luchara por Práxedes

Mateo Sagasta o que tratara de romperse la cabeza en defensa de Manuel Ruiz Zorrilla. Y quizá fuera aquella Redacción la mejor avenida de cuantas había en funciones.

* * *

Sin embargo, no faltaron los entremetidos que trataran de buscar «los tres pies al gato». Figuraba de redactor de La Gaceta Popular Manuel Ossorio y Bernard, quien contaba entre sus íntimos a Nicolás Estévez, de cuyo fervor republicano nadie podía dudar. Figuras populares ambos, no se descuidó un «soplón» para denunciar a los primates del Carlismo que el Pretendiente estaba siendo traicionado por Nombela. Mas no faltó el reverso de la medalla: Ossorio hubo de comparecer ante los Tribunales de Justicia para responder de un suelto considerado favorable a los carlistas. En un corto espacio de tiempo varió tan radicalmente la concepción, que la gente hubo de admitir la independencia política de La Gaceta Popular y sus redactores y colaboradores.

Por otra parte, Fernández Bremón no desdeñó firmar algunas crónicas elogiando la personalidad de Mina Puccinelli, célebre guerrillera al servicio de Garibaldi.

Hubo un momento en que Nombela creyó perjudicaba al periódico por aportar su figura política en la dirección. E hizo el sacrificio, dejando el puesto a Ossorio, que, encariñado con su obra, consiguió mantener fija una tirada de seis mil ejemplares, fabulosa entonces por la multitud de Prensa que cada grupo y grupito tenía como «defensora de sus intereses».

La calle del Lobo, donde estaba instalada la Redacción, empezó a ser visitadísima. Consagrándose la tertulia, los paños de la casa oyeron defensas heroicas de teorías y criterios radicalmente opuestos. Fuera, el motín permanente. Igual aparecía la capital convertida en campamento militar, en previsión de que los «constitucionalistas se adueñaran de la Plaza de Toros», que andaban las gentes a tiros, sobre si la «federal» era preferible a la «unitarian».

Nueve meses, mal contados, vivió este modelo de periódico independiente. No ocurrió nada desagradable para que desapareciera La Gaceta Popular. El acuerdo de sus propietarios de dar por terminada su vida fue bastante, y el 20 de noviembre de 1873 publicaba el último número, en el que se insertaba, en calidad de «fondo», la acordada desaparición, lamentando la medida, que se gaba en flor la existencia del periódico que mantenía orgullosamente los seis millares de tirada.

Reconoce el cronista que acaba de usar «ciertos tópicos» muy propios de la época decimonónica. Efectivamente: quizá haya sido determinado por la influencia de la «despedida», que se cerraba preguntando si no sería posible la existencia de un periódico independiente a semejanza del que desaparecía.

«El porvenir se encargará de dar cumplida respuesta a las dudas que acabo de manifestar» era, precisamente, el final de la crónica salida de la pluma de Ossorio. Antes había recordado la iniciativa de La Gaceta Popular para levantar un monumento sepulcral en el que reposaran eternamente los restos de Bretón de los Herreros.



«La Prensa», de Buenos Aires, en su LXXVI Aniversario

Por FELIX ARRANZ DE LA CALLE

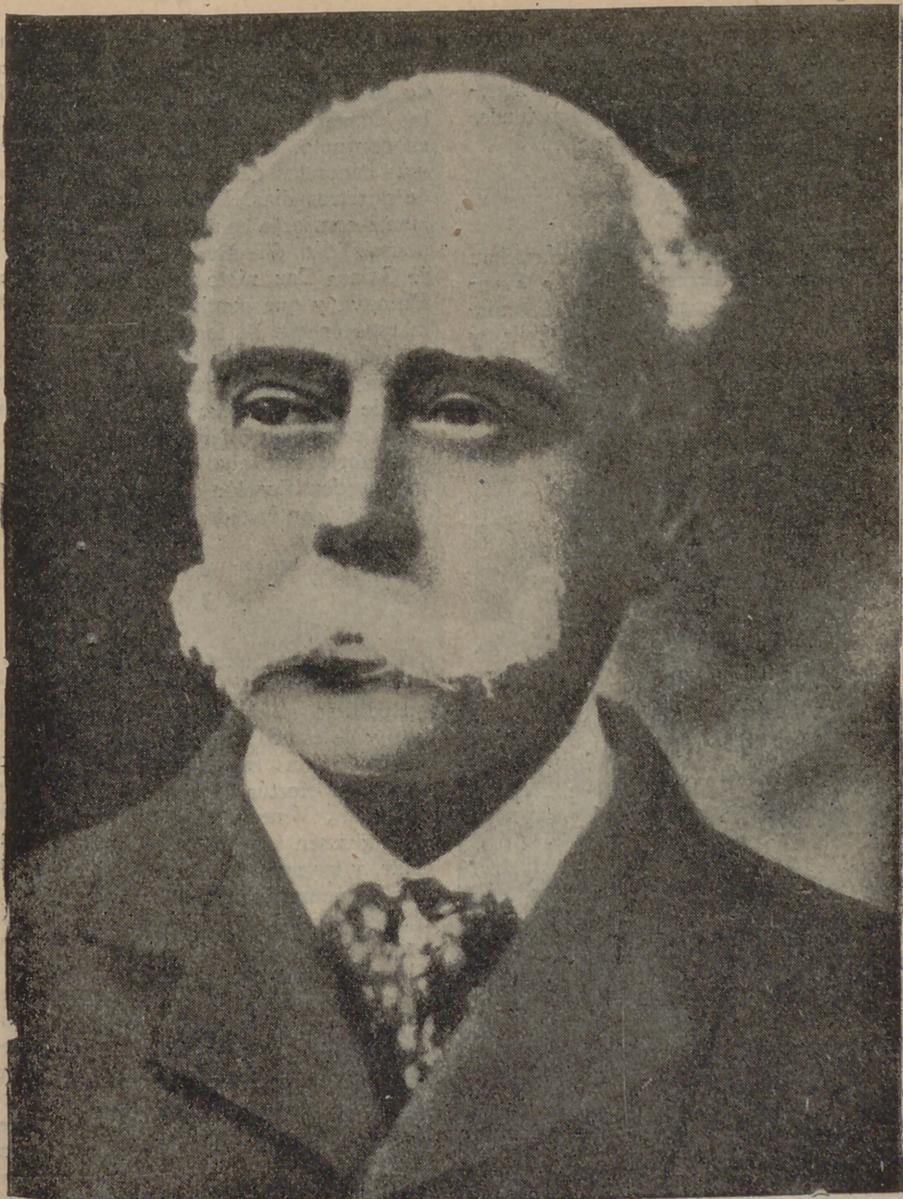
El fundador de "La Prensa" fue el hoy difunto José Clemente Paz. Sentado cerca de una fogata, cuando era soldado en la guerra entre la Argentina y el Paraguay, concibió la idea de fundar un periódico honrado...

(GEORGE KEM)

EL 18 de octubre de 1869 constituye una de las fechas más significativas de la historia del periodismo argentino. Aquel día, a las tres de la tarde, aparecía por vez primera el diario "La Prensa". Dos páginas—sólo una hoja—expresaban la inquietud de su fundador, un hombre joven que declaraba su propósito de servir con honradez a la verdad, persiguiendo tres fines nobles y consustanciales: libertad, progreso y civilización. En la modestia de los medios materiales se erguía, ambiciosa y segura, una voluntad de elevación, identificada con el momento que vivía la República. Habíase consolidado definitivamente la nación argentina, y la Constitución, cuyo espíritu tenía la misma edad de la Patria organizada, era la norma de los hombres dispuestos a dar firmeza a un orden basado en el Derecho. A las luchas ásperas, a veces cruentas, de hombres y partidos, iba a suceder la discusión de las ideas, la polémica dirigida al establecimiento de la doctrina. Bajo

esos auspicios nació "La Prensa", obra de la fe del doctor José C. Paz en las fuerzas espirituales y económicas del país. Esa convicción, esa esperanza no resultó, empero, un medio opuesto a los choques contra la realidad. Cinco años de fundado el diario, su creador lo clausuró voluntariamente para ponerse "al servicio del pueblo, en el terreno de los hechos". "La Prensa" vivía, no sólo para reflejar la actualidad, sino también para cumplirla y orientarla. Su silencio de entonces tuvo la resonancia de una voz altiva. Junto a Mitre, jefe de la revolución del 74; del doctor José C. Paz, auditor general de su Ejército, manifestaba la unidad de los nuevos grandes órganos del pensamiento argentino en un mismo amor a las instituciones:

Quedó atrás, en un pasado honroso, iluminado por resplandores de auténtica gloria nacional, la escasez de recursos de la primera hora. La ciudad y la República, al crecer, desarrollaron, como a un órgano natural de su cuerpo, al periódico, que, independiente de núcleos y de Gobiernos, informaba con precisión y ejercía la crítica con austeridad. Puede afirmarse que los progresos de "La Prensa", que la colocan en la jerarquía de uno de los primeros diarios del mundo, han sido tanto una exigencia de la



Doctor JOSE C. PAZ
Fundador de «La Prensa», de Buenos Aires.

colectividad como la obra inteligente de sus directores. Sus valores morales, más grandes aún que su potencialidad material, fueron en todo instante los fundamentos de su total grandeza.

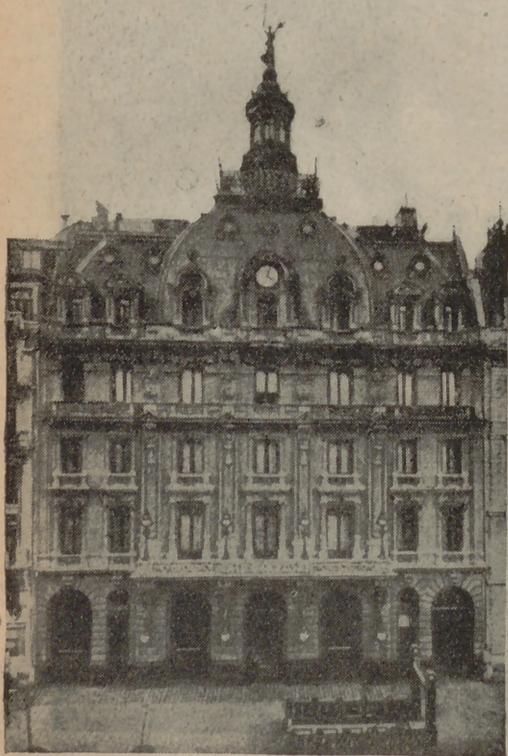
* * *

Además del doctor José C. Paz, han desempeñado la dirección de "La Prensa" los señores Cosme Mariño, Estanislao S. Zeballos, Adolfo E. Dávila y Eleodoro Lobos, figuras prestigiosas en distintas esferas del país; desde 1898 la ejerce don Ezequiel P. Paz, hijo del

fundador y periodista de honda vocación, que ha sabido mantener la línea de sus antecesores y dotar al diario de los elementos modernos, que constituyen en conjunto una de las demostraciones más concretas de la técnica periodística de nuestros días. Desde tiempo más reciente comparte con el señor Paz la responsabilidad directiva el doctor Alberto de Gainza Paz, nieto del creador de "La Prensa", y que continúa la tradición de la casa en que se formó.

Cada uno de esos nombres está unido a una etapa significativa en la existencia de este gran diario. Las figuras citadas recuerdan diferentes aspectos de la trayectoria realizada, y, en conjunto, una misma identificación con los intereses argentinos, con las ideas clásicas de la nacionalidad.

* * *



Edificio de «La Prensa», en la Avenida de Mayo

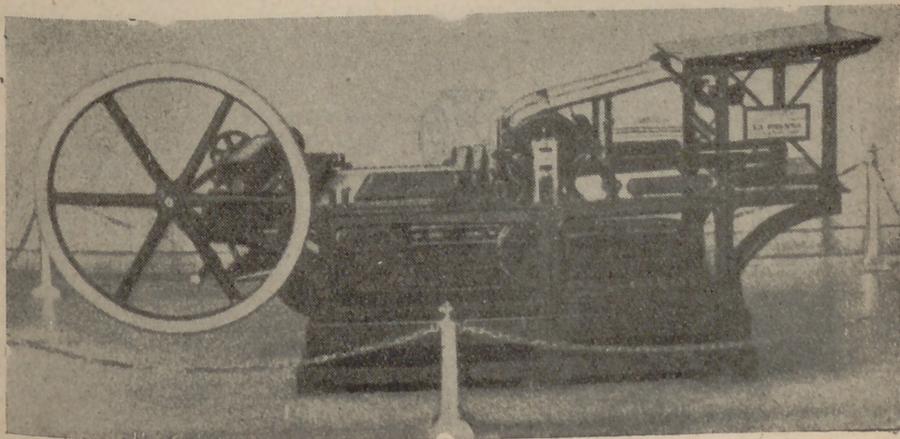
Los edificios que posee "La Prensa"—su palacio de la Avenida de Mayo es un edificio sólido de seis pisos, de granito y de estuco; los amplios talleres instalados en las calles Chile y Azopardo, donde se efectúa la tirada diaria, y en las calles Venezuela y Balcarce, donde se imprimen las ediciones en huecograbado, y las numerosas casas de sus agencias y sucursales en el país y en el Extranjero—; la importancia de su planta de producción; los servicios que le permiten distribuir sus ejemplares con celeridad en vastas zonas del territorio argentino, y el número de empleados y obreros que moviliza su actividad, son la consecuencia de un esfuerzo periodístico que orientado desde el puesto más alto, se desenvuelve en todas sus partes bajo el signo de la actividad y de la responsabilidad. Redactores, cronistas, reporteros, corresponsales y fotógrafos sintetizan cada madrugada los acontecimientos del país y del mundo. Amplios servicios no



Don Ezequiel P. Paz, director del diario «La Prensa»



Dr. Alberto de Gainza Paz, codirector



Máquina en la cual se imprimió el primer ejemplar

ticiosos del exterior, a cargo de agencias y de representantes propios, contribuyen desde "La Prensa" a que sea la Argentina uno de los países mejor informados.

Ilustres conductores de la política europea y americana han adelantado en sus columnas, por medio de colaboraciones especiales, su juicio sobre sucesos que han gravitado en el rumbo de la Historia. Junto a esos estadistas, muchos escritores eminentes asentaron en sus páginas una vasta exposición del pensamiento contemporáneo. Edmundo d'Amicis, Núñez de Arce, Claretic, Pérez Galdós, Arnaldo Vasallo, Jules Lemaitre, Henri Houssaye, François de Nion, Luigi Luzzatti, Marcel Prevost, Ramiro de Maeztu, Hugo Herold, Paul y Victor Margueritte, la baronesa Livet, "Azorín", Ramón Pérez de Ayala, M. de Oliveira Lima, Falcao Espalter, Fulgencio Moreno, el general Luis Amadais, Gastón Leroux, Pierre Le Mazière, Bernhard Dernburg, Edouard Herriot, Raúl Montero Bustamante, Maurice Leblanc... forman, entre muchos otros, la larga lista de colaboradores extranjeros. a la que se une, muy significativa, la de argentinos. Como una extensión de sus

páginas, funciona, en el edificio de "La Prensa", el Instituto Popular de Conferencias, fundado por iniciativa de don Ezequiel P. Paz. La labor cultural de esa entidad es costeadada por el diario, que brinda su difusión al texto completo de las disertaciones que allí se pronuncian. La biblioteca, dotada de millares de volúmenes y abierta al público. Una Escuela popular de música abre posibilidades a las vocaciones que despiertan. Esa función de estímulo la efectúa también en el plano literario, mediante concursos, en los que participan escritores novelles. Sus Consultorios médicos y jurídicos, que prestan servicio gratuitamente, completan la órbita de acción de una Empresa que es, en verdad, una institución del país.

* * *

Envío a mi distinguido amigo y colega señor Mario Veronelli, Agregado de Prensa de la Embajada argentina en Madrid, que con grata atención me ha facilitado varios datos y fotografías para confeccionar este artículo, transmitiéndole juntamente mi más cordial saludo.



Las cuatro mejores páginas de la Prensa española

Mes de diciembre

INFORMAR es la misión del periodista, y el periódico es un resultando de este empeño informativo traducido en noticias que se ofrecen al lector de una manera casi jerárquica, en atención a su importancia y trascendencia en relación con cualquiera de los múltiples aspectos social, político, científico, etc., que logran concretar el interés de una masa de lectores. No podemos dejar de subrayar este aspecto esencial del periodismo, que en ciertos momentos parece subestimarse, en cuanto que un gran acontecimiento capaz por sí solo de acaparar el lujo tipográfico de una titulación a toda plana en página preferente, pierde gran parte de su fuerza periodística al diluirse a continuación en sumarios vagos y entrecomillados que, lejos de completar y enriquecer la noticia, se limitan a cumplir escasamente la exigencia meramente tipográfica de una preceptiva universal de confección periodística.

La calidad de un titular bien construido debe conseguirse no sólo a base de su rigurosa medida tipográfica y perfecto calibrado, sino merced a la fuerza informativa de los sumarios que acompañan. Si no solamente estos sumarios completan el titular, sino que constituyen por sí mismo verdaderas noticias, indudablemente habremos conseguido casi una meta a la que debemos aspirar no sólo en fechas excepcionales, sino en la cotidiana labor de los días no absorbidos por una información básica.

Enfocamos este aspecto, no nuevo en la selección mensual de la GACETA, ante la primera página de «Alerta» que informa sobre la reunión plenaria de las Cortes Españolas en los últimos días del año 1945. Hay una noticia política de suma importancia sobre la que se hace un doble titular a toda plana —¿por qué de caja baja?— y que expresa rotundamente el hecho de la solidaridad de nuestras Cortes con su Gobierno. A continuación se suceden los acuerdos del Pleno, que son otras tantas noticias que el lector busca con avidez y que halla sin una búsqueda demasiado difícil en esa acertada gradación de sumarios, tres en total, y a otras tantas columnas, que tratan de la aprobación de Presupuestos generales, reorganización de Servicios ministeriales, etc., etc. En las cuatro columnas de salida se da el discurso del presidente de las Cortes, precedido de dos sumarios sobre el mismo, muy expresivos y periodísticos. El esquema informativo de la plana se completa con el discurso del ministro de Hacienda y con la nota sobre restricciones eléctricas, de

ALERTA

Subscripciones para Santander

Queda en venta: 100 ejemplares y 100 ejemplares

PRECIO DE CANTIDADES

Las Cortes se solidarizan fervorosamente con la nota digna y españolísima del Gobierno

Aprueba los presupuestos generales para 1946

Consejo de la Hacienda sustituido por el Instituto de Cultura Hispánica



No se trata de dador al ministro de Hacienda de un presupuesto ideal, sino de un presupuesto posible

FIRMA Y SERENIDAD DE ESPAÑA

AVISO A LOS RECEPTORES

Si la democracia no hay pueblo en nuestra patria se granice a Franco que la libertad de España pertenece y es cosa exclusiva de los españoles

ORDENAR QUE CUANDO LA PAZ ALBERGA NO AMERICA PARA NUESTRA PATRIA EN UNAS DEL BOU DE LA JUSTICIA EL ESPECTO FORTALEZA DE UNA NUEVA GUERRA CIVIL



Mejora notabilmente en estos últimos días la situación eléctrica

El ministro de Educación clausura la exposición de los libros de Poesía

LA PALABRA SOCIALISTA SUENA EN MEXICO

El año de la Paz

Extraordinario de LIBERTAD

AMANECE

DIARIO DE FIANZA ESPAÑOLA INDEPENDIENTE Y POR LAS J. O. M. E.

1946 - Año 1198 - Número 288

PRECIO DE CANTIDADES

UNANIME ADHESION DE LAS CORTES A LA ULTIMA DECLARACION DEL GOBIERNO

Mostró ya de predominar abiertamente la política interior de España perteneciente y es cosa exclusiva de los españoles

Querramos la paz, pero no una paz que tenga sus raíces en el "real" del mundo



Mejora notabilmente en estos últimos días la situación eléctrica

El ministro de Educación clausura la exposición de los libros de Poesía

LA PALABRA SOCIALISTA SUENA EN MEXICO

El año de la Paz

Extraordinario de LIBERTAD

Los presupuestos del Estado serán aprobados por las Cortes

En sus presupuestos de paz, las Cortes son "españolas"



Mejora notabilmente en estos últimos días la situación eléctrica

El ministro de Educación clausura la exposición de los libros de Poesía

LA PALABRA SOCIALISTA SUENA EN MEXICO

El año de la Paz

Extraordinario de LIBERTAD

LA VOZ DE ESPAÑA

FOR SOCIAL FOR ESPAÑA Y FOR AMERICA

Las Cortes se solidarizan con la actitud del Gobierno

NO PODEMOS TRANSIGIR CON LO QUE ES INCOMPATIBLE A LA DIGNIDAD DE LA NACION ESPAÑOLA

"Aclamamos a Franco porque él es la garantía de nuestro derecho"

Don Esteban Bilbao hizo un magnífico resumen de la labor realizada por las Cortes

Los congresales se preparan para la herencia de don Esteban

El año de la Paz

Extraordinario de LIBERTAD

Libertad

DIARIO REGIONAL SOCIALISTA Y TRABAJISTA

Adhesión unánime del Pleno de las Cortes a la declaración ministerial sobre las campañas contra España

Acclamaciones a Franco al aprobarse la proposición de solidaridad

Carmona dirigió un mensaje de los portugueses da todo el mundo al primero de enero

El nombre del CABALLERO hacia la ciudad del Episcopo el gobernador de la Coruña

El año de la Paz

Extraordinario de LIBERTAD

El año de la Paz

Extraordinario de LIBERTAD

gran interés y trascendencia. El habitual editorial en cursiva sólo ha podido conservar su sitio en la parte más inferior de la columna de entrada y desplazado en su mayor parte a páginas interiores. La plana es, en conjunto, muy aceptable, con el acierto máximo que citamos de la calidad informativa de los sumarios y de su disposición y montaje.

La página de «Libertad» tiene su acierto primordial en la colocación del gran bloque a tres columnas que ocupa casi un cuarto de plana, con una fotografía muy buena del Jefe del Estado y un pie muy inspirado y patriótico. Estimamos como indudable vacilación tipográfica el hecho de colocar en el centro de la plana dos titulares a dos columnas, escalonados y sin sumarios, que sólo son admisibles como intento, ciertamente conseguido, de dar mayor movilidad y viveza a la plana con el juego de titulares. No es acertada la fotografía de la columna de entrada contigua a la mancha del titular a dos columnas. La acertada elección de tipos de cuerpo distinto en las diferentes informaciones, el uso de dos tintas y la excelente impresión y claridad de las fotografías y textos, consiguen un innegable atractivo de esta plana seleccionada del buen diario castellano.

En «Amanecer» no se ha conseguido el resultado informativo que obtuvo «Alerta» con sus sumarios, pero tipográficamente la plana es muy ponderada y de un equilibrio justísimo. En el diario zaragozano se insiste en la sucesión de frases entrelibridas que informan escasamente, aunque, como en el caso presente, glosen y destaquen las aseveraciones del importante discurso del presidente de las Cortes Españolas. La tipografía del titular en barra es muy acertada y consigue el efecto tipográfico que sólo las versales de cuerpos análogos imprimen en cuanto a la severidad formalista de una cabecera a toda plana. Estas versales parecen ser desplazadas por nuestros cabeceros, recurriendo en cambio a titulares de caja baja que nunca conseguirán esa solemnidad expresiva a la que todo titular a toda plana debe tender. Otros dos aciertos son gratos de destacar en la página de «Amanecer». De salida, a dos columnas, inserta una información de tipo local que representa para nosotros un acierto valorativo indudable. Conviene que los periódicos de provincias no olviden esta característica ni desdeñen dar a las informaciones locales y provinciales la importancia que merecen. Cada periódico debe ser, en gran parte, reflejo de unas actividades específicas provinciales y su mayor vehículo difusivo. Este defecto de omisión se ha generalizado y contados periódicos conservan y cultivan este matiz propio, que debe constituir la peculiaridad de cada diario. Finalmente, en la parte inferior de la plana y a dos columnas, se reproduce la nota sobre la restricción de energía eléctrica, con un sumario y un ladillo que transforman dicha nota de consigna en una verdadera sección y en una noticia más de primera plana. El editorial, en negrita, sangrando de salida, completa la plana.

Refiriéndonos a «La Voz de España», podríamos reproducir lo que se refiere a la información local de «Amanecer». Máximo interés indudable de la información local de salida, acreditando un probado criterio selectivo, da una información local, palpitante, cuyo desenlace ha preocupado y movido la atención de una gran masa de lectores. Falta la composición de un fondo editorial y utiliza tipos distintos en un mismo titular o sumarios. Creemos que esta manera de hacer desdice de la calidad del resto del trabajo y rompe la deseada línea de uniformidad que podía conseguir en caso contrario.

Introducción al periodismo moderno

CAPITULO V

La ley de la proporción

(Continuación)

CONSIDERANDO el periodismo desde el punto de vista estructural y orgánico que ha venido rigiendo nuestras explicaciones, adviértese a primera vista la perentoria necesidad de una ley que rijan la labor del periodista cuando de fijar sus ideas en el papel se trata. Ha de ser una ley lógica y sencilla que forme parte de ese cúmulo de principios que el periodista utiliza en su cotidiana labor, coordinando la labor periodística en el espacio y en el tiempo. Determinará la magnitud de los artículos en relación con la magnitud de los temas, la extensión de los escritos en proporción con la importancia de las cuestiones, la duración de las campañas de Prensa en concordancia con el interés de los asuntos que las promueven. Esta ley es la ley de la proporción.

Podríamos enunciarla diciendo: "Si todos los hechos o ideas tienen la misma importancia en la historia periodística o en el artículo, el periodista los presentará con párrafos de igual longitud. Si algunos hechos o ideas son más importantes que otros, el periodista les concederá párrafos de mayor longitud".

La necesidad de esta ley es evidente. Trátase de evitar que el periodista se extienda demasiado en temas que no poseen especial interés y conceda escasa atención a otros que son de gran importancia. La aplicación de esta ley queda al arbitrio del periodista, y es él en todo momento el que debe aplicarla. Para ello es preciso que el periodista posea un sólido criterio de discernimiento, sabiendo en todo momento cuáles son los asuntos de mayor interés para el lector. El periodista se constituye así en censor de sus propias

impulsos y en corrector de sus propias tendencias. Es una actividad que al periodista novel se le aparece como dificultosa, pero que lentamente va incorporándose a su propia personalidad, como patrón orientador de todo su trabajo en los periódicos.

EJERCICIOS

1.—Escribir un artículo describiendo Madrid a grandes rasgos, de tal forma, que una persona que nunca haya estado en Madrid pueda hacerse una idea de la disposición de la capital.

2.—Otro artículo explicando cómo se va desde la Casa de Campo hasta el Observatorio Astronómico, de tal manera, que una persona que nunca haya estado en Madrid pueda orientarse a través de las calles madrileñas leyendo el artículo.

3.—Escribir un artículo indicando, por ejemplo: a) Cómo se encuadernan libros. b) Cómo se hace un periódico. c) Cómo se extrae la raíz cuadrada de un número de cinco cifras. d) Cómo se hacen los billetes de Banco. e) Cómo se constituye una sociedad anónima. En todos estos casos, el periodista debe documentarse debidamente, si no conoce el asunto.

4.—Escribir un artículo de más de mil palabras sobre el tema "¿Qué es la opinión pública?".

5.—Escribir un artículo de más de mil palabras sobre el tema "La obra social del zar Boris Godunov".

6.—Escribir un artículo de más de mil palabras sobre el tema "Islandia y su folklore".

7.—Escoger un artículo expositivo de cualquier periódico y analizarlo desde el punto de vista de la técnica explicativa, cuyos principios hemos indicado en ese

capítulo. Diferenciar las afirmaciones y los enunciados de ideas de las imágenes, ejemplos y paralelos destinados a facilitar su comprensión. Hágase el siguiente cuadro:

AFIRMACIONES

“El hombre es voluble...

y tiende siempre a la verdad...

La Fe y la Ciencia...

son su fondo vital, su firme núcleo...

ILUSTRACIONES

... como la veleta que gira impulsada por el viento...

... tiende siempre a la luz...

... como lo haría un naufrago que en mar oscuro divisase el resplandor de un faro...

... desesperadamente, sacando fuerzas de flaqueza... firme en su empeño.

... puntales de cemento que sostienen... el férreo armazón de un alma sutil...

... tan firme como lo es, etc., etc.”

8.—Escribir tres editoriales sobre los temas siguientes: a) “La protección de la industria nacional, base de nuestro resurgimiento económico”.—b) “La nación y el individuo”.—c) “La imperfección de los impuestos proporcionales”.

Observación.—En todos los ejercicios de este capítulo, y de acuerdo con lo que hemos dicho en él, es preciso que el lector se documente debidamente (consultando diferentes obras o periódicos) antes de escribir.

CAPITULO VI

El arte de hacer reír

¿Por qué nos reímos? Clases de risa. El humor como factor interesante en nuestros escritos. Cómo se utilizan y desarrollan los recursos humorísticos en los escritos periodísticos.

Los estudios realizados por célebres psicólogos modernos dedicados al estudio de la risa, permiten afirmar que la risa no es un fenómeno anímico privativamente humano, sino que también se presenta en otros seres animados, especialmente en los animales de las escalas zoológicas más elevadas. Entre los caballos, por ejemplo, se presenta la risa en forma de ciertos sonidos, que emiten en determinadas ocasiones como expresión de un instintivo regocijo. No es sólo el hombre el que ríe, y así se demuestra la generalidad y universalidad de la risa, como expresión de nuestra personalidad. No existe una forma

de la conducta humana más general que la risa. Reímos constantemente, durante todo el día a veces, y por causas bien diferentes. Reímos de dolor, reímos de alegría, burlándonos de alguien, de despecho por un fracaso, de esperanza, etc. Y si estudiamos atentamente la risa en relación con los diversos estados de nuestro ánimo llegaremos a afirmar, con los psicólogos modernos de la escuela norteamericana, que existen tres clases de risa:

- Risa de alegría o simpatía.
- Risa de triunfo o victoria.
- Risa ridiculizante.

Estas tres clases se subdividen en diferentes grupos, que no es preciso analizar. Estudiémoslas a continuación:

La risa de alegría o simpatía es la provocada simplemente por el hecho de encontrarnos entre nuestros semejantes. Es la manifestación primaria de nuestro espí-

ritu gregario, la prueba más elemental y palpable de que el hombre ha sido creado para vivir en colectividad. Caminamos —por ejemplo— por la calle sin reírnos, seriamente, pensando en nuestros asuntos. Llegamos a casa de unos amigos, en la que un grupo de personas conocidas nos espera en un ambiente agradable, placentero, y nosotros sentimos inmediatamente deseos de reír (o sonreír, que, al fin, es lo mismo), y nos reímos simplemente porque nos encontramos rodeados de personas que son amigas. Es una especie de sensación colectiva la que induce a todos a reír; la sensación de encontrarse rodeados de gentes semejantes a nosotros y que no son enemigas nuestras. Esta risa se produce siempre en las personas normales físicamente. Es posible que haya gentes anormales, en un sentido o en otro, que no sientan deseos de reír al sentirse acompañadas o que, incluso, experimenten desagrado por la compañía; en este caso existe indudablemente una anomalía. Pero el hombre normal no puede reprimir una sonrisa cuando responde a alguien que le pregunta, por ejemplo, la hora que es o el camino para ir a cualquier sitio. En estos casos sonreímos siempre, y lo hacemos involuntariamente, instintivamente, sin poderlos reprimir: es la risa que hemos denominado de alegría o simpatía, producida por sentirnos miembros de una colectividad, rodeados de personas.

La risa de triunfo o victoria es la motivada por un éxito o un triunfo cualquiera. Estamos jugando a las cartas, y nos reímos con risa de simpatía por vernos rodeados de gente. Ganamos una baza, y reímos osentosamente, con una risa de diferente carácter que la anterior, como si quisiéramos envanecernos de nuestra victoria: ésa es la risa del triunfo. Es la que anima las facciones del agorista, que registra un éxito en la Bolsa, frotándose las manos; la del ministro, que logra ver aprobada una ley que le interesaba; la del general que toma una ciudad o la de la cocinera que advierte cuánto ha gustado un guiso suyo a sus señores. Se manifiesta a diario en torno nuestro, y es bien fácil de advertir y de diferenciar entre las demás clases de risa.

La risa ridiculizante es tan vieja como la Humanidad misma. Nos reímos con esa clase de risa cuando vemos a un señor que lleva unos pantalones demasiado cortos o a una señora que se toca con un

sombrero descomunial, con un sombrero "ridículo" (siendo así que lo ridículo no es más que lo que mueve a la risa). Esta clase es producida en muchas ocasiones por la presencia ante nosotros de algo que se sale de lo corriente, de algo que, estando relacionado con nuestra vida sensitiva inmediata, carece de aquellas características que lo hacen consuetudinario. La risa ridiculizante no es caritativa; es decir, que, al reírnos con ella, no sentimos los lazos de amor a nuestro prójimo que hemos indicado como causantes —en cierto modo— de la primera clase de risa. Pero aunque aparezcamos como duros de corazón, al reírnos con risa ridiculizante, no debemos menospreciar el valor educativo que en el tiempo ha adquirido esa clase de risa: el temor al ridículo es quizá uno de los factores que más contribuyeron en todas las épocas al perfeccionamiento de las relaciones entre los seres humanos. El temor al ridículo nos impide campar por nuestros respetos y nos somete a cánones rigurosos, que, identificándonos en múltiples aspectos con nuestros semejantes, nos unen más a ellos en un plano de igualdad.

Conviene estudiar la evolución de la risa ridiculizante antes de proseguir nuestro estudio de la risa en general. Es quizá en la risa ridiculizante donde se manifiesta con mayor intensidad que en ninguna otra reacción humana la influencia de la civilización. Posiblemente, en los primeros tiempos de la Humanidad el hombre se reíría a mandíbula batiente de todas las anomalías humanas. La visión de un cojo, de un bizzo o de un calvo le movería a risa, y no se violentaría en lo más mínimo para sofocar su regocijo. Hoy día bien sabemos que esto no sucede. Un sentimiento moral depurado —fruto indudable de la civilización— nos impide reírnos de las imperfecciones físicas de nuestros semejantes, y aunque esporádicamente demos rienda suelta a nuestra risa, no dejamos de sentir un amargo regusto de desagrado por algo que se nos aparece como impropio. Lo "ridículo" se reduce aún más, y no se advierte en los desgraciados. Un jorobado no es ya ridículo para nosotros; no nos mueve a risa. La visión del dolor humano, que provocó indudablemente la risa en tiempos ya pasados de escasa elevación cultural, no es hoy para nosotros más que una fuente de tristeza.

Estúdiense el siguiente ejemplo: El otro día tuvo lugar ante mí un espectáculo sorprendente. Fué en la Gran Vía y a pleno sol. Salía de un aristocrático círculo un digno caballero, de prominente barriga y vestido con chistera reluciente, frac de doble faldón y botines blancos. Una caña de bambú, con puño encorvado de marfil, completaba su indumentaria. Todo el mundo le miraba sorprendido, y hubo un chusco que gritó: "¡Ahí va el hombre Michelin!" Se detuvo ante la puerta para despedirse de una dama ya entrada en años, y, al inclinarse para besarle la mano, saltó espectacularmente la trabilla trasera de sus pantalones.

No se dió cuenta de ello y, colocando su bastón bajo el brazo, dirigióse hacia su coche. En aquel momento descendía del suyo otro obeso mecenas, émulo de Oliver Hardy y portador de una trailla de perros "cocker", seis de ellos, según pude ver. Cruzáronse ambos con tan mala suerte, que el primero vino a pisar en aquel momento una cáscara de plátano. En un instante eleváronse sus pies violentamente por encima de su cabeza abiertos sus ojos en cómica expresión de sorpresa, y el bastón, que acompañaba el forzado giro de toda su oronda persona, vino a engancharse en el cuello del perruno Fatty, que se disponía a entrar en el local. Un pinche, portador de una tarta de chantilly, se apresuró a correr para ayudar al que caía, pero fué inútil. La acera retumbó bajo el peso de los 120 kilos del primero, y el bastón obligó a besar el suelo al de los perros. Mas no fué el suelo, sino la tarta, porque en ella vino a sepultar su faz. ¿Y los perros, qué hicieron? Pues se dedicaron los seis a lamer la roja cara de su amo mientras éste pugnaba por dembarazarse del bastón que aprisionaba su cuello.

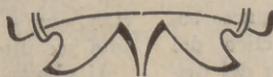
Alzáronse ambos e inicióse una divertida lucha. Las abultadas panzas de ambos entrechocábanse furiosamente, mientras ambos intentaban llegar a la cara del contrario con sus puños, lo que no conseguían por la cortedad de sus brazos. Los perros ladraban en torno suyo. (Hasta aquí podemos decir que la historia es graciosa.) Uno de los señores sacó un cortaplumas y, abriéndolo, lo hundió varias veces en la panza del contrario. Cayó éste al suelo y un hilo de sangre oscura bañó la acera. No se movió más: sus facciones se hicieron severas y tristes, y, mirando a su enemigo con ojos vidriosos, pocos instantes después moría.

(Hemos dejado aquí de reír tan de repente, que la risa aún está mecánicamente fijada en nuestras facciones. Esto ya no es tan gracioso. Aquí se advierte la proximidad entre la comedia y la tragedia. Cuando el señor gordo marchaba por la acera, era para nosotros tan sólo una figura absurda que nunca había vivido; cuando cae a la acera desangrándose es una figura humana que ha muerto. Al perder su dignidad al principio del relato, es una verdadera comedia; cuando la vuelve a ganar, al final del relato, es una tragedia, sin gracia alguna, que no nos mueve a risa).

Posiblemente, toda esta historia, desde el principio hasta el final, le hubiese hecho mucha gracia a un pretor romano o a un capitán de los ejércitos de Darío; a nosotros, los hombres del siglo XX, no nos hace gracia. La civilización ha humanizado nuestros sentimientos y nos impide reírnos de lo que llamamos "desgracias".

ROBERTO MARTIN

(Continuará.)



La primera Escuela de Periodismo en España la creó "El Debate"

Diez años de experiencia afirmaban un desarrollo espléndido. Cinco cursos cíclicos y un curso intensivo era el plan de enseñanza.

Por DOMENECH YBARRA

EN 1926 se creó la Escuela de Periodismo de «El Debate». No era entonces ambiciosa su pretensión. Fue una mañana de febrero cuando «El Debate», el «Debate» de las seis páginas de los tiempos heroicos, lanzó a la calle la noticia de un Cursillo de Redacción. Así, modestamente: un Cursillo de Redacción, con una sola clase y un solo profesor, don Manuel Graña, viajero hasta entonces por las grandes Facultades de Periodismo de los Estados Unidos. Fue una mañana de febrero de 1926. Apenas si nadie se percató del alcance y la importancia que aquel anuncio entrañaba. Pero la preocupación por la formación de un plantel de periodistas capaces bullía en el mundo católico práctico del periodismo que dirigía el sector del diario católico. Veinte alumnos respondieron a la iniciativa y tres meses de labor conjunta —de marzo a junio— jalonaaron el nacimiento de la primera Escuela de Periodismo de España, en la vie-

ja casa de la calle de la Colegiata... Un triunfo total, absoluto, coronó el primer esfuerzo. Angulo, Bermúdez Cañete, Gómez Aparicio, Solache, Sánchez de Muñiaín, etc.; unos muertos ya, y otros, maestros del periodismo actual, formaron parte de la primera promoción.

El periodismo, como tantas otras actividades, pasaba en nuestro tiempo el tránsito de lo instintivo a lo cultural. En la Prensa del siglo XIX no había sino ardor combativo, habilidad dialéctica e ingenio para llenar papel rápidamente. El siglo XX exige del periodista una sólida formación que le permita enjuiciar con acierto el espectáculo de la vida, que se desarrolla a cada momento ante sus ojos.

Al elevar el nivel del periodismo español; al poner en condiciones al periodista para que llene su misión con altura y dignidad, la Escuela de Periodismo inició una revolución de trascendencia incalculable, cuyas beneficiosas

Stylo

Editado por los alumnos de la Escuela de Periodismo de «El Debate»

Año I.

MAYO, 1935

Núm 1

STYLO nace para satisfacer una necesidad: la de escribir. La de hacer una revista donde los alumnos de la Escuela de Periodismo puedan ensayarse desde un principio para futuras labores.

Y aquí está nuestra Revista. Nuestra, podemos llamarla con toda justicia. Porque todo en ella, desde la primera línea a la última palabra, desde el primer proyecto hasta este número, impreso por nuestras propias manos, es obra de todos y cada uno de nosotros.

De nuestros propósitos... No pretendemos hacer algo acabado. Nos faltan para ello espacio y preparación. Sin embargo, podemos anticipar que nuestra Revista será esencialmente periodística. Historia del periodismo, crónicas, reportajes, todo lo que es vibración y agilidad tendrá lugar preferente en sus páginas. Y junto a ésta, la parte literaria — cuentos, ensayos, artículos... — complemento obligado de aquélla.

Para todos estará abierta nuestra Revista. No ya para los compañeros de la Escuela de Periodismo. También entrarán en STYLO otras instituciones análogas, como el Centro de Estudios Universitarios de Madrid y la Universidad Católica, hoy en germen, etc.

Para todos ellos, desde esta avanzada de nuestro primer número, un saludo cordial.

Y para cuantos nos han guiado y hecho posible con sus enseñanzas esta realidad que hoy ofrecemos

— Dirección y profesores de nuestra Escuela — vaya este número. En él van todas nuestras esperanzas. Toda nuestra labor.

Mas, ¿para qué seguir? Los proyectos por sí no dicen nada. Es a las obras a las que se debe atender antes de juzgar. Y nosotros queremos que se nos juzgue por lo que hagamos.

consecuencias serán más sensibles cada día en la vida nacional.

Cinco meses después, en octubre de 1926, un nuevo curso empieza. Dos clases se agregan a la de Redacción. Son las de Criteriología y Reporterismo. Ya son tres cátedras. Luego vendrán más. Nuevas disciplinas y nuevos proyectos que demostrarán cómo se iba convirtiendo en una realidad aquella esperanza de la Escuela de Periodismo.

En 1928 son seis las cátedras, seis las becas establecidas y 106 las solicitudes de ingreso. 1929... 1930... Hasta 1931, que marca el fin de la primera etapa. Se presentan en él cerca de doscientas instancias y se eleva a once el número de las asignaturas; cinco generales y seis especiales: Editoriales, Política extranjera, Política agraria, Teatros, Publicidad e Inglés: ya está formado íntegramente lo que después será el curso intensivo de la Escuela de Periodismo de «El Debate».

1932 es el año de gracia de la Escuela. Ya no es sólo el Curso intensivo. Junto a él aparece el primero de los cinco cursos normales, cursos que habían de ser, porque se lograron los medios, el principal objetivo de la Escuela. Treinta asignaturas integraban el plan de estudios de estos cursos consecutivos y cíclicos. Asignaturas que comprendían, desde las propiamente periodísticas a las de formación religiosa y cultural, sin olvidar las de carácter práctico: mecanografía, taquigrafía y tipografía, complemento obligado de la formación periodística. Y a tono con esta renovación de su plan de estudios, la Escuela de Periodismo conquista un gran local, en el cuarto piso del edificio nuevo de «El Debate». Un local amplio, moderno, con salas de reunión, biblioteca y cinco aulas, una de las cuales, técnica —tipografía y mecanografía—, capaces para 120 alumnos. En 1933 abandona la

dirección de la Escuela don Angel Herrera, alma que fué de ella. y se nombra a don Fernando Martín-Sánchez Juliá. En 1935, treinta cátedras, repartidas en cuatro cursos —tres normales y uno intensivo—, con más de cien horas semanales de labor, eran muestra de la importancia y relieve que adquirió la Escuela de Periodismo. Pasaba el tiempo y la Escuela seguía su marcha ascendente. Cada año un nuevo curso se sumaba a los anteriores. Y aquel Cursillo de Redacción inaugurado hace veinte años se transformaba, por el esfuerzo y la voluntad de todos, en una verdadera Facultad del periodismo español.

Indudablemente, la creación y función de la Escuela de Periodismo en aquel período, y en el actual, no es cuestión de pareceres. Infinitas fueron las personas que por aquel local pasaron en tanto tiempo. La realidad ha demostrado la eficacia de una preparación. Ismael Herráiz, Pedro Rocamora, Ponce de León, García de Cortázar, García Escudero, Antonio Mira, Vigil, Ignacio Valverde... Periodistas unos que han brillado después públicamente y otros que viven en el periodismo oculto y difícil: Rojo Santiago, Lázaro Flores, Peratoner, Luis Mira.

En el otoño de 1932 se reunió por vez primera el curso cíclico que iniciaba el plantel de periodistas que la Escuela tenía la pretensión de constituir: Cerro Corrochano, del Instituto Social Obrero; Yurramendi, profesor de Criteriología; Sánchez Silva, profesor de mecanografía; Bartolomé Mostaza, de redacción; Francisco de Luis, de reporterismo; Vicente Gallego, de redacción periodística, titulación y confección; José María Blass, de tipografía; Sánchez de Muniaín, Juan Aparicio, Martín Sánchez, Jorge de la Cueva, González Ruiz, Gómez Aparicio, doctor Goldáraz, de Apologética; y doctor Bueno, de Cultura re-

ligiosa; Giraud... En lista interminable. Rafael de Luis, Ortiz Muñoz, Solache... Las aulas estaban rebosantes. Apenas si en pie podían permanecer dentro de ellas los alumnos admitidos. Después, los exámenes diezmaron sensiblemente el número. Eran exámenes cuatrimestrales y eliminatorios. No había posibilidad de repetición. Porque era propósito de los creadores que aquello no se transformara en centro de estudios, con un paralelismo frío, con otros donde la constancia en la repetición supera el abandono, la desgana y el mal estudio. Un segundo curso y el número extraordinario que rebasa el centenar quedó reducido a un grupo integrado por treinta estudiantes. Nuevos exámenes, nuevas eliminaciones, y en 1934 quedó fijado el número que había de subsistir hasta 1935: doce en la primera promoción, que no llegó a terminar su formación en la Escuela, porque la guerra interrumpió la labor y destruyó los propósitos. Paralelamente se desarrollaba un curso intensivo. El objeto de este curso extraordinario no era sino aprovechar una juventud desorientada en su recién conquistado título facultativo. Aprovechar una formación cultural y guiarla en el campo del periodismo.

Las asignaturas y los estudios en la Escuela eran eminentemente prácticos, dentro de las posibilidades de aquellos días. Pero ciertamente que era suplida la escasez con la buena voluntad de todos. La clase de redacción literaria, dirigida por Mostaza, fué desde un principio aula de discusión que ordenaba el profesor en su cátedra. Así se pulieron los estilos de jóvenes que aun no sabían escribir. Era un pugilato de velocidad la clase de taquigrafía, y una compenetración la hora de tipografía componiendo, letra por letra y componedor en mano, textos a nuestra selección, moldes..., y así llegó a imprimirse a mano aquel

primer periódico, «Stylo», editado por los alumnos de la Escuela de Periodismo de «El Debate». Un número uno que no tuvo jamás continuación. Estaba fechado en mayo de 1935. Y en él colaboraron alumnos de todos los cursos: García de Cortázar, Pedro Rocamora y Valls, Luis Ponce de León, Emilio Lázaro Flores, Manuel R. de la Puente Tarduchi, José María Blass, profesor de tipografía; Pablo Beltrán de Heredia, José María García Escudero, Alfonso Rojo Santiago y Doménech Ybarra. Aun es posible recordar la emoción de nuestras discusiones en aquellos días. La preocupación por la elección del título. Y grabado quedó en su última página, un objetivo ideal y una realidad emotiva: «El fin de la Escuela de Periodismo es hacer mejores periodistas, que hagan mejores periódicos, que sirvan mejor a la Iglesia y a la Patria». Y al pie: «Impreso en el aula de Tipografía». Allí, con nuestro trabajo, letra a letra, fué tomando vida aquel número de «Stylo» que no ha seguido después. ... «Stylo» nace para satisfacer una necesidad: la de escribir. La de hacer una revista donde los alumnos de la Escuela de Periodismo puedan ensayarse desde un principio para futuras labores. Y aquí está nuestra Revista. Nuestra, podemos llamarla con toda justicia. Porque todo en ella, desde la primera línea a la última palabra, desde el primer proyecto hasta este número impreso, impreso por nuestras propias manos, es obra de todos y cada uno de nosotros. De nuestros propósitos... No pretendemos hacer algo acabado. Nos faltan para ello espacio y preparación. Sin embargo, podemos anticipar que nuestra Revista será esencialmente periodística. Historia del Periodismo, crónicas, reportajes, todo lo que es vibración y agilidad, tendrá lugar preferente en sus páginas. Y junto a ésta, la parte literaria — cuentos, en-

sayos, artículos—, complemento obligado de aquélla. Para todos estará abierta nuestra Revista. No ya para los compañeros de la Escuela de Periodismo. También entrarán en «Stylo» otras instituciones análogas, como el Centro de Estudios Universitarios de Madrid y la Universidad Católica, hoy en germen, etc. Para todos ellos, desde esta avanzada de nuestro primer número, un saludo cordial. Y para cuantos nos han guiado y hecho posible con sus enseñanzas esta realidad que hoy ofrecemos —Dirección y profesores de nuestra Escuela— vaya este número. En él van todas nuestras esperanzas. Toda nuestra labor. Mas, ¿para qué seguir? Los proyectos, por sí, no dicen nada. Es a las obras a las que se debe atender antes de juzgar. Y nosotros queremos que se nos juzgue por lo que hagamos». Esto decía aquel periodiquito en su página primera. No siguió. Pero quienes escribieron entonces o eran condiscípulos en aquel período, han presentado una labor: Ismael Herráiz, Antonio Mira, García Escudero, García de Cortázar, Ponce de León, Beltrán de Heredia...

Así, para aquel número nos llegamos a don Francisco de Luis, director de «El Debate», con nuestra encuesta: «¿Qué opina usted de la Escuela de Periodismo»? La contestación es de permanente actualidad: «La Escuela de Periodismo de «El Debate» no es cuestión de pareceres, ni yo puedo dar una opinión sobre un asunto que se justifica plenamente por sus resultados prácticos. De esta Escuela de Periodismo, que nosotros fundamos en vista de los frutos sumamente beneficiosos conseguidos en otras similares del Extranjero, han salido nuestro corresponsal en Barcelona y nuestro redactor político, sin contar otros elementos directores y redactores actuales de diferentes periódicos de España. Ahora bien: el periodista, como el pintor y el poeta y, como todos en ge-

neral, nace. La Escuela de Periodismo enseña a los alumnos los medios y centros de información, el trato con las personas, la utilidad de la dialéctica para evitarles situaciones desairadas; deduce, de la observación a que están sometidos en el transcurso de su práctica periodística, consecuencias de orden positivo aplicables al posible desenvolvimiento de los alumnos ante la realidad de un Consejo de redacción. La Escuela de Periodismo de «El Debate» crea periodistas, siempre que en sus alumnos aiente un mínimo de inclinación profesional». Palabras exactas que no han perdido valor hoy. Y fué Vicente Gallego, director entonces del diario de la tarde de «Ya» y después director de la Agencia Efe y de la revista «Mundo», quien también se ocupó en nuestra encuesta: «Una experiencia de varios años en la Escuela de Periodismo y en la actividad profesional me ha demostrado de una manera patente la necesidad de estos centros de enseñanza. De mi experiencia profesional puedo decir que he trabajado con periodistas que han salido de la Escuela que fundó «El Debate», y que estos periodistas han sido siempre ejemplo y estímulo, por su preparación técnica y porque constituyen la levadura de una redacción. Tienen un sentido moderno y agudo de la información y de la noticia, y en ningún caso se ha notado en ellos el menor desaliento. Han afrontado el periodismo como debe ser: con el ánimo resuelto y optimista y acometiendo de frente la noticia, la información y el reportaje. Esto en cuanto a mi labor profesional. De mi experiencia como profesor en la Escuela de Periodismo, puedo decir que ésta sería útil, aunque sólo sirviera para descubrir vocaciones. Ya se entiende que no todos los que pasen por la Escuela, han de salir con capacitación profesional, es decir, han de ser periodistas aunque terminen sus estudios. Pero tampoco en las Fa-

cultades Universitarias, ni en las Escuelas Especiales, ni, en suma, en ningún centro de enseñanza, todos los que terminan sus estudios son médicos, ingenieros o abogados. La Escuela abre a los que han demostrado temperamento una serie de caminos y de horizontes, que en el ambiente de una Redacción es muy difícil que se le presenten al reportero. Cuando éste llega adoctrinado, con un sentido de la noticia, e incluso de la moral de la noticia, y se le pone en contacto con el público y con la información, todos aquellos horizontes que se le habían abierto en la Escuela reviven y se plasman en esos reportajes y en esas informaciones, de que ya puede vanagloriarse la Escuela de Periodismo, a través de los alumnos que han pasado por ella.» El tiempo ha garantizado la certeza de unas contestaciones a aquella encuesta. Pero el tiempo también ha dado razón a la necesidad de existencia de una Escuela de Periodismo.

No había entonces, como ahora en la Escuela Oficial de Periodismo, la posibilidad de editar periódicos de prácticas. Los alumnos realizaban sus trabajos prácticos de técnica en el aula de tipografía. Allí aprendieron a componer con tipos sueltos y eran constantes las lecciones teóricas sobre temas tipográficos. Y en el aula se disponía de una pequeña máquina de imprimir, accionada a mano. Una platina pequeña que servía bien las funciones de la clase, chñabales con cajas de diversos cuerpos, rodillo para obtener pruebas, etc. Y en el centro, veinticuatro máquinas de escribir montadas en mesas que se cerraban ocultándolas. La formación técnica se completaba en los propios talleres de «El Debate» y en algunos casos se realizaron visitas de práctica a los talleres tipográficos de Blass.

La clase de redacción periodística, titulación y confección se organizó desde el primer día de una manera ágil. El

profesor, don Vicente Gallego, creó en ellas un Consejo de Redacción y se fundó el diario «El Instante». «El Instante» no tenía realidad. Era un periódico que se ofrecía en el encerado de la clase. Dos alumnos constituían la dirección: director y redactor-jefe; los demás constituían el cuerpo de redactores. Y cada día eran distintos los rectores de «El Instante». Así había cierto pugilato por ofrecer mayor variedad a la plana primera confeccionada. Sin fantasías, por cada día se seleccionaban las noticias recogidas de la Prensa, se titulaban adecuadamente, se redactaban las noticias en una confección teniendo presente que aquél periódico era eminentemente informativo. Los editoriales y comentarios a la actualidad eran propios de la redacción y se escribían por el director, el redactor-jefe, o bien éstos lo encargaban a cualquier redactor. Presentada la plantilla en el encerado, leído el editorial y trabajos de redacción, se iniciaba entonces la discusión en torno a lo realizado. Se mejoraban los titulares, se establecía una mejor valoración, e incluso el estilo del editorial se sometía a examen. El director o el redactor-jefe defendían el trabajo hecho. Los restantes alumnos señalaban los defectos posibles. Y el profesor daba la orientación final. «El Instante», indudablemente, ayudó a la preparación de los alumnos y determinó su formación moderna en torno al periodismo. Eran de tal interés las discusiones, que cada día se fué perfeccionando el sistema y el periódico fantástico tenía realidad sustantiva en la mente de todos. La redacción de noticias había de ser perfecta, completa, no dejar un punto oscuro ni ignorado, para que el periodista-estudiante se acostumbrara a remitir la información en su totalidad, en todos sus detalles. Unos días eran noticias que obedecieran al «Quién»; otro, el «Qué», el «Cuándo», «Cómo», «Por qué»,

etcétera, etc. Y el alumno supo en todo instante distinguir lo que fuera más esencial en las noticias, en las informaciones.

Clases de inglés y francés, eminentemente prácticas, de conversación, estableciéndose el diálogo, que dirigía el profesor, entre los alumnos. Apologética, que explicó don José María Goldáraz, actual Obispo de Oranuela; *Criteriología* e iniciación filosófica y comentarios al «Criterio» de Balmes, por don Máximo Yurramendi, administrador apostólico hoy de la diócesis de Ciudad Real; Cultura religiosa... La clase de Redacción que explicaba Mostaza fué una especie de tertulia. El encomendaba el cuidado en la expresión, procurando la sencillez y la belleza. Fueron trabajos descriptivos, cuentos de humor, críticas cinematográficas, crónicas de viajes, ensayos literarios, estudios del romancero español, problemas históricos, epistolarios, escenas teatrales, dejando un amplio margen de libertad a la imaginación de cada uno de los alumnos. Y después, la discusión crítica en torno al trabajo leído, discusión eficaz dentro de la más pura cortesía. Reportajes que habían de conseguir su publicación posterior en «El Debate», tras una selección de los mejores, con libre elección de los temas; entrevistas, informaciones, noticias. Trabajos de redacción en períodos agudos: sorteos de Navidad, luchas electorales, crisis ministeriales...

Fueron muchos los estudiantes que pasaron por la Escuela primera de Periodismo en España. El Curso intensivo dió figuras al periodismo español. Los cursos cíclicos no pudieron completar su finalidad. Aquella primera promoción estaba compuesta por doce jóvenes, muy jóvenes aún, que al propio tiempo estudiaban en la Facultad de Derecho o en la de Filosofía y Letras: Alvarez Peratoner, Velasco Viejo, Hera Montero, Ro-

jo Santiago, García Escudero, García de Cortázar, García de Fernando, Lázaro Flores, Rodríguez de la Puente Tarduchi, asesinado por los rojos en Madrid; Luis Mira, Rivas Corral y Doménech Ybarra. Es el recuerdo a una promoción que resistió los diversos exámenes eliminatorios y supervivió a un número que rebasaba los doscientos el día que se iniciaron los cinco cursos cíclicos. De todos ellos abandonaron el periodismo activo: Arturo Heras Montero y José María García Escudero. Tarduchi quedó en nosotros como recuerdo eterno que vivirá siempre entre nuestros cariños.

Y ahora, la realidad de otra Escuela Oficial de Periodismo. Cada día se acentúa más la estimación del periódico como servicio público. Se necesita la noticia, la visión de las cosas, la interpretación de los hechos, como se necesita cualquiera de los elementos materiales que rodean nuestra vida y facilitan nuestra comodidad. Si se acepta en este sentido que el periódico es un factor de gran importancia en la integración total de la sociedad, es obvio señalar el valor de la función asignada al periodista y la necesidad de una preparación específica para ejercerla. Hasta entonces y hasta ahora ha sido trámite sencillo el del acceso a un periódico. No se exigió otro título que el de una amistad generosa, ni otra circunstancia que la que depare una buena oportunidad.

La Escuela de Periodismo de «El Debate» representó el primer paso serio frente a aquellas cosumbres de la Prensa española. El método de selección había de ser otro; la garantía, muy distinta. El resultado, totalmente contrario. La Escuela de «El Debate», como la oficial de hoy, reemplaza al indocumentado ganapán, al muchacho adiestrado, cuyo sometimiento a las necesarias disciplinas significa una dotación que incorporará a las condiciones naturales de

inteligencia, vocación, entusiasmo y constancia.

Ya en aquellos días, vista la realidad de una Escuela de Periodismo, el Sindicato Autónomo de Periodistas de Madrid, que presidía Francisco Casares, instó a los Poderes públicos a pensar en la conveniencia de formalización del título de periodista. La misión de tutela y orientación que tiene la Prensa, aparte aquella otra de divulgación objetiva de los hechos, exige una responsabilidad que los países modernos depuran más estrechamente cada hora y que no puede ser impuesta si no se acompaña de una elevación de la jerarquía social. Cuando España era combatida por sus propios hijos, «El Debate» creó su Escuela con un lema ideal y adorable: «El fin de la Escuela de Periodismo es hacer mejores periodistas, que hagan mejores periódicos, que sirvan mejor a la Iglesia y a la Patria». Los periodistas de entonces ni sirvieron a la Iglesia, ni a la Patria, ni presentaron labor de acentuar los periódicos. Entonces y después, la exigencia del título profesional es en este aspecto indispensable. Y si un día fué «El Debate», años más tarde, un profesor de aquella Escuela, Juan Aparicio, dió realidad y pujanza a los cursillos iniciados por Giménez Arnáu: creó la Escuela Oficial de Periodistas.

El gigantesco avance que la Prensa del mundo, y con ella la de España, han dado en el sentido de perfeccionamiento

técnico, obliga a la exigencia de especializaciones que hace muchos años, acaso no fueran necesarias. El periodismo tiene múltiples facetas y en todas ellas se precisa una competencia que sobre una cultura general, perfectamente garantida, pueda servir las necesidades concretas de cada sección... «...hacer mejores periodistas, que hagan mejores periódicos, que sirvan mejor a la Iglesia y a la Patria».

Ponce de León, alumno del primer curso normal de la Escuela de «El Debate», escribió un breve artículo que apareció en «Stylo». Decía así: «Enseño a mirar y a decir, pudiera ser el lema frontal de una Escuela de Periodismo. Porque boca y ojos del mundo, del instante, de la realidad presente, es un periódico. Pupila siempre grande, despierta, clara, con lengua ágil, fiel. Y en medio, cerebro pronto, exacto, honrado, que sepa extraer de cada palpitación actual todo su sentido, todo su contenido, toda su profunda enseñanza, toda su riqueza en normas vitales, toda su implícita ciencia para el futuro...» Este era el espíritu de un estudiante que empezaba a ocuparse de temas periodísticos en aquella Escuela, primera de España, cuyo arranque pudiera buscarse en aquella primera cátedra de 1926, que anunciara una mañana de febrero «El Debate», aquel «Debate» de las seis páginas de los tiempos heroicos...



La mayor imprenta de Suramérica está en Río de Janeiro

La paternal dictadura de Getulio Vargas ha servido para que el Brasil penetrara de lleno en el camino del progreso que en breve plazo le llevará al plano de primerísima potencia. Al hablar del político de Río Grande do Sul y de sus obras siempre se acude a la demostración de sus realizaciones materiales en el ámbito de la política y de la economía. Se desdoblán estas en sus múltiples facetas y quizá llevados de este impulso no se copocen —mejor dicho, no se dan a conocer— otros aspectos muy interesantes de la gestión de Vargas. Entre estos aspectos importantísimos comprendemos la creación de la mayor imprenta de Suramérica, obra exclusiva del estadista que durante quince años ha llevado el peso del resurgimiento brasileño y del lugar que actualmente ocupa esta enorme República en el concierto mundial de potencias de cultura occidental.

La Imprenta Nacional del Brasil se encuentra situada en uno de los edificios más suntuosos de Río de Janeiro. En una ciudad que es un dechado de belleza urbana, ésta constituye un gran lujo que sirve de precioso síntoma para calibrar la importancia que se concede en el Brasil al arte editorial. La organización más depurada preside el trabajo de esta monumental imprenta. Es absolutamente necesario que así sea, dada la cantidad de publicaciones que en ella se editan y entre las cuales ocupan el primer lugar las publicaciones oficiales del Gobierno brasileño.

Entre éstas se encuentran el «Diario Oficial del Brasil», registro de todos los actos y decretos gubernamentales, Memorias, revistas de los Ministerios y el papel impreso para los servicios estadísticos y de correos. Todas las necesidades gráficas nacionales se atienden desde esta institución.

El «Diario Oficial del Brasil» es una revista semejante a la española, que se distribuye en cuatro secciones. Una está destinada a los actos del Gobierno, tales como decretos, resoluciones, mandatos; otra es a manera de órgano del poder judicial; la tercera es la destinada a cuestiones de diferentes departamentos y la cuarta se utiliza para despacho de los asuntos de los Ayuntamientos. El «Diario Oficial» llega a comprender a veces hasta doscientas páginas de nutrido texto.

La imprenta, propiamente dicha, está dividida en cuatro secciones. Una, dedicada a las labores de impresión; otra, a control de empleados; otra, de contabilidad, y la última, adjudicada a los servicios varios.

Las máquinas ocupan varias amplias salas. La sección de linotipias comprende de 98 máquinas modernísimas de fabricación yanqui, con cuatro o cinco almancen cada una. Esta imprenta posee más linotipias que toda la República de Colombia, lo cual da una idea de su magnitud. Existen igualmente 40 monotipias que se utilizan para ejecutar trabajos con cuadros estadísticos y que son funcionadas por muchachas expertas. To

das estas máquinas se hallan colocadas en una amplia nave donde la limpieza más refinada y el orden más perfecto hacen que el trabajo sea agradable. La ventilación adecuada ha sido atendida a la perfección.

El departamento de rotativas, posee ocho grandes máquinas, algunas de fabricación francesa, siendo las norteamericanas las más recientes. Estas rotativas son todas de dos y tres secciones, por lo que tiran ejemplares por cuatro y seis bocas a la vez.

El taller de fotograbado comprende dos rotativas, y todo su procedimiento de elaboración, como preparación de los vidrios, laminación de las planchas de acero y demás operaciones, revelan un dominio perfecto por parte de sus operarios. En esta sección se han impreso carteles murales y revistas oficiales, algunas como «Brasil Reporter», que no tienen nada que desear de sus similares de Norteamérica. «Brasil Reporter» es una revista semanal que en el plazo de tres meses ha multiplicado por seis su tirada inicial.

Asimismo dispone la Imprenta Nacional brasileña de magníficos talleres de fotograbado, en los cuales se han realizado reproducciones de algunas de las joyas de arte que se encuentran en el palacio de Petrópolis, que fué del emperador, y que dan la completa sensación del original. También dispone de un museo cuya visita se dedica a las personas que acuden a ver el edificio y sus servicios. En dicho museo se encuentran las primeras máquinas que se utilizaron en las diferentes imprentas del país. También existe un departamento en que maestros educan a los hijos de los operarios dándoles clases de cultura e idiomas e iniciándoles en la profesión tipográfica, con cuyos conocimientos hallarán trabajo en la institución.

También la Imprenta Nacional edita obras de literatura y libros de todo género. Son muy conocidas sus ediciones de autores franceses, entre los que Gide, Renán, Zola, Valéry, Baudelaire y Mallarmé se encuentran en los primeros puestos. Igualmente se han editado

obras de Hugo Wast, de Unamuno, Valle-Inclán y Ortega y Gasset.

Al lado de todos estos servicios hay otros tan completos como los de acabado y retoque de obras, encuadernación, costura y empaquetado. Pero lo que llama la atención de manera poderosa son los diferentes servicios sociales, atendidos para el bienestar del obrero. Todos los operarios trabajan ocho horas diarias, y sus comidas pueden hacerlas en el magnífico comedor de la institución, donde asimismo pueden adquirir diversos platos que prepara la cantina a precios muy módicos. Para los casos de accidentes, existe una clínica montada con todos los medios modernos, con un excelente quirófano, servicios de desinfección, instalación de rayos X, gabinete de oculista y ortopédico. Para atender a esta clínica existen cuatro médicos, seis practicantes y catorce enfermeras. Los accidentados y enfermos pueden residir en sus domicilios si tal les parece conveniente, pudiendo asistir a la consulta de la clínica durante su tratamiento ambulatorio. Veinte camas están contratadas en un sanatorio del interior del país para el caso de operarios que tengan necesidad de un reposo prolongado en pleno campo. Para proporcionar diversión al personal de la casa existe un cinematógrafo, donde se dan las mismas películas que en los cines de la ciudad. Asimismo se dan representaciones teatrales y recitales de poesías y conciertos.

Por último, dispone la Imprenta Nacional del Brasil de una sala de maternidad para las obreras y empleadas, en la cual se halla el retrato del primer niño nacido en la misma.

La Imprenta Nacional brasileña es uno de los monumentos que mejor hablan de la cultura americana, y concretamente de la brasileña. Es otra de las magníficas obras de esta nación que paso a paso y sin apresuramientos va cimentando su vivir, explotando sus enormes riquezas y conquistando con el trabajo y hasta con el esfuerzo guerrero un luminoso puesto en el concierto de las grandes potencias.

Una nueva etapa del Registro Oficial de Periodistas

EN un breve estudio anterior (1) se dió idea del funcionamiento del Registro Oficial de Periodistas durante su primera época. Ya entonces la Delegación Nacional de Prensa había creado los nuevos carnets oficiales y se iniciaba en el orden previsto la sustitución de las primitivas tarjetas provisionales del Servicio Nacional de Prensa, dando preferencia a los periodistas más significados y a aquellos otros que prestaron más decisivos servicios al Movimiento Nacional.

Sin embargo, todas las tarjetas provisionales no fueron canjeadas por las nuevas carteras de identidad profesional; sólo obtuvieron el carnet oficial de periodistas aquellos que prestaban servicio activo de redacción en publi-

caciones diarias o Agencias informativas; los directores de revistas de carácter nacional y de primerísima importancia periodística, y los que, no hallándose en las condiciones señaladas, tuvieran especiales méritos. Los demás fueron provistos de tarjetas de identidad diferentes, según su situación dentro del marco profesional: Sección A (resguardo del carnet para los periodistas en situación pasiva), Sección B (para los colaboradores), Sección C (para los fotógrafos y dibujantes), Sección D (para los corresponsales) y Sección E (para los redactores de radioemisora); por último, se dotó de un «Título de corresponsal español» a los que representaban a los periódicos españoles en el Extranjero. Responde esta clasificación, todavía en vigor, al espíritu de la «Reglamentación para el ingreso y vicisitudes de la profesión periodística» establecida en 8 de diciembre de 1943.

(1) «El Registro Oficial de Periodistas» («Gaceta de la Prensa Española», núm. 2, págs. 124 y siguientes).

tiene como justificación la natural diferencia jerárquica, desde el punto de vista profesional, entre aquellos que dedican toda su actividad al periodismo y otros que sólo ejercen una colaboración literaria más o menos asidua.

Con arreglo a esta nueva ordenación, se han concedido más de 1.300 carnets oficiales de periodista, unas 370 tarje-

tas de la Sección A, 101 de la Sección B, 150 de la Sección C, 47 de la D, 24 de la E y 54 títulos de corresponsal español en el Extranjero. El total de expedientes seguidos en el Registro se acerca a los 4.600, y de ellos se han denegado algo menos de 2.400, en su mayor parte por falta de profesionalidad suficiente.

1.300 carnets.			
370 tarjetas sección A.	} 2.046 Inscripciones concedidas	} 4.440 Expedientes resueltos	} 4.590 Expedientes instruidos
101 » » B.			
150 » » C.			
47 » » D.			
24 » » E.			
54 títulos de corresponsal.			
1.500 denegaciones por falta de profesionalidad.	} 2.394 Inscripciones denegadas		
894 denegaciones por otros mo- tivos.			
150 expedientes en trámite.			

El nuevo carnet de redactor fotógrafo

Posteriormente a la Reglamentación de diciembre de 1943, se estudió el modo de dotar a los redactores fotógrafos de Prensa de un carnet similar al oficial de periodista, que les pusiese a cubierto de trabas y dificultades en el cumplimiento de su misión, principalmente en las informaciones gráficas de actos oficiales, y les facilitase, con análogas ventajas que a sus compañeros de Redacción, el traslado a los lugares donde sus servicios sean requeridos en cada momento. Así, se creó ya, en junio

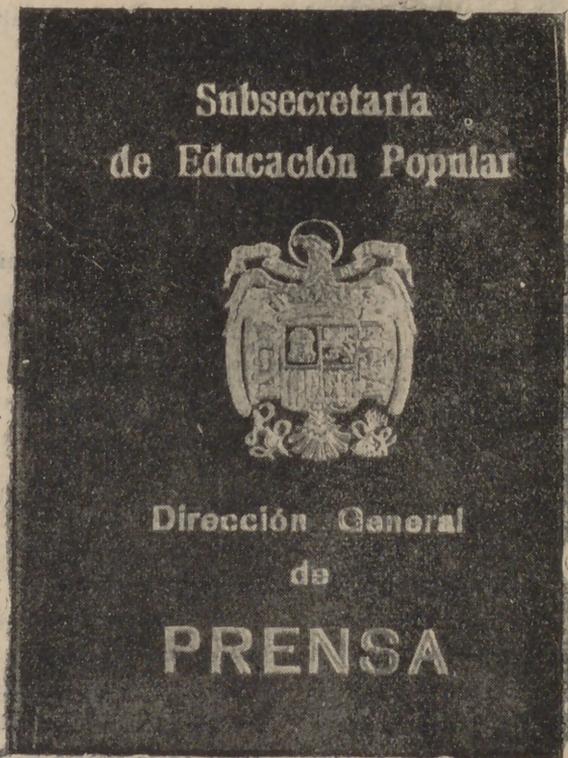
de 1945, el carnet de redactor fotógrafo, de características equivalentes al de periodista.

Circuladas las normas a todos los periódicos, se tramitaron las solicitudes de canje de la tarjeta C por el nuevo carnet formuladas por aquellos que acreditaron su condición de redactor fotógrafo de una publicación diaria o Agencia informativa, así como por los miembros de las Agencias de información fotográfica de Prensa. No se llegaron a extender los nuevos carnets, sin embar-

go, porque, en julio último, el paso de la Vicesecretaría de Educación Popular—transformada en Subsecretaría— al Ministerio de Educación Nacional comportó la necesidad de renovar todos los carnets y tarjetas de Prensa para dotar

a sus titulares de nuevos documentos de identidad, de acuerdo con el cambio de denominación oficial.

Actualmente se lleva a cabo la expresada renovación, conservándose su número a los carnets y tarjetas en servicio.



Los nuevos carnets de redactor fotógrafo llevan también la firma del Director general de Seguridad, para amparar a sus titulares en el cumplimiento de su misión informativa

Movimiento de personal

Desde el 30 de noviembre al 31 de diciembre de 1945 se han producido en la Prensa Nacional las siguientes variaciones:

ALTAS

Carios de la Válgoma, Redactor de «Arriba», de Madrid; Fernando Ramos Moreno, Redactor de «Sevilla», de Sevilla; Alberto Bacigalupe, Alberto Calle y Tomás Isasi, Colaboradores fijos de «Hierro», de Bilbao; Angel Alvaro Serna, Auxiliar de primera de «Libertad», de Valladolid; Salvador Chanzá Iborra, Auxiliar de primera de «Jornada», de Valencia; Fernando García Vela, Redactor Jefe de «España», de Tánger; Francisco Boves Amador, Redactor de segunda de «Heraldo de Aragón», de Zaragoza.

BAJAS

Alfonso Moreno Redondo, Redactor de primera de «Arriba», de Madrid; Alfonso Rojo Santiago, Redactor Jefe de «Sevilla», de Sevilla; Ramón Mandiola Larrinaga, Redactor de primera de «Hierro», de Bilbao; José Mengual Castellanos y Francisco Javier Valenzuela Moreno, Auxiliares de segunda de «Jornada», de Valencia.

TRASLADOS

Juan Pablo Salinas Jiménez, de Secretario de Redacción de «Fotos», a Redactor de segunda de «Amanecer», de Zaragoza; Eugenio Saldaña San Martín, de Director de «Unidad», de San Sebastián, a Subdirector de «Marca», de Madrid; Narciso García Sánchez, de Director de «Libertad», de Valladolid, a Director de «El Ruedo», de Madrid; José del

Río Sanz, de Director de «Los Sitios», de Gerona, a Redactor Jefe de «Libertad», de Valladolid; José Carrasco Telles, de Redactor Jefe de «España», en Tánger, a Director de «Africa», de Tetuán.

ASCENSOS

José Luis Banús Aguirre, de Redactor de primera a Redactor Jefe de «Unidad», de San Sebastián; Baldomero Polo Fernández, de Redactor de segunda a Redactor Jefe de «Sevilla», de Sevilla; José Molina Plata, de Director de «La Voz de España», de San Sebastián, a Director de «Unidad», de San Sebastián, conjuntamente; José Ormaechea Echevarria, de Redactor Jefe de «Unidad», de San Sebastián, a Subdirector; Víctor Gómez Ayllón, de Redactor Jefe, a Director de «Libertad», de Valladolid; Eugenio Martínez Pérez, de Redactor de segunda, a Redactor de primera de «La Nueva España», de Huesca.

